

EL PLANETA Y SU SERPIENTE

clark carrados

R. CORTIELLA

CLARK CARRADOS

El planeta y su serpiente

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Primera edición - Diciembre 1972

Depósito Legal B. 46.587 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer contemplaba en actitud displicente la pelea que tenía lugar a pocos pasos de ella. Mordisqueaba un tallo de hierba y su hombro izquierdo aparecía generosamente desnudo. La falda que vestía apenas si merecía el nombre, dada su brevedad.

Estaba apoyada con indolencia en el tronco de un árbol, mientras los dos hombres luchaban salvajemente con sus cuchillos bifoliados. Era una pelea a muerte, sin cuartel, y el superviviente tendría a la mujer como premio.

Los contendientes estaban desnudos de la cintura para arriba. Habían conseguido ya algunos golpes, pero las heridas no eran graves, aunque sí aparatosas. Ambos eran igualmente hábiles con aquellos enormes cuchillos, de dos hojas paralelas, separadas entre sí por un espacio de dos centímetros y de filo tan agudo como el de una navaja de afeitar.

La ciudad quedaba a lo lejos, a un par de kilómetros de distancia. El paraje era solitario; nadie interrumpiría, por tanto, la salvaje pelea.

Los contendientes estaban equivocados en este punto. Un hombre, alto, fornido, de cabellos oscuros, apareció de repente en el claro.

— ¡Pedro! ¡Chick! —llamó autoritariamente.

La mujer se enderezó levemente, contrariada, al parecer, por la llegada del intruso. Los contendientes suspendieron un instante su lucha.

—Déjanos, Dan —pidió Chick Malone—. Quiero sacarle las tripas a este bastardo…

— ¡Ja! —rió Pedro Lorán, sin ningún entusiasmo—. Ese imbécil por parte de padre no es capaz de acertar con su cuchillo ni a un pastel de cumpleaños.

Furioso, Malone se arrojó contra Lorán, pero, en el mismo instante, una mano que parecía de hierro lo agarró por el cuello. Un instante más tarde, Malone salía dando volteretas por los aires, sin

saber a ciencia cierta lo que le había ocurrido.

Dan Harvey avanzó hacia el otro duelista.

—Tu cuchillo, Pedro —pidió, a la vez que extendía la mano.

—No —contestó Lorán, colérico.

—Pedro, somos buenos amigos. No me obligues a hacerte daño.

—Acércate. —Lorán parecía loco de ira—. Da un paso más y te rajaré…

La mano de Harvey se movió de nuevo de forma fulgurante. Sin saber cómo, Lorán vio que su cuchillo volaba disparado por los aires.

De repente, se oyó un agudísimo chillido.

Los tres hombres volvieron simultáneamente la cabeza. La mujer, arrodillada en el suelo, se oprimía la cara con ambas manos, a la vez que lanzaba unos gritos indescriptibles.

Asombrado, Harvey vio el cuchillo clavado en el tronco del árbol. A fin de averiguar lo sucedido, se acercó a la mujer y le obligó a separar las manos de la cara.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo al ver los dos profundos surcos que los filos del cuchillo bifoliado habían dejado en su mejilla izquierda. La sangre brotaba a torrentes de las heridas.

Harvey soltó a la mujer.

—Te lo tienes bien merecido, Dina Cooper —dijo severamente —. Durante toda tu vida, conservarás las marcas que te recordarán tu acción, cada vez que te mires al espejo.

Ella le dirigió una mirada de asombro.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó.

Harvey no contestó directamente. Sacó un pañuelo y un tubito del bolsillo de los pantalones y se los lanzó al regazo.

—Toma, cúrate tú misma —indicó—. La celulina hemostática cerrará tus heridas en pocos minutos, aunque las señales, repito, quedarán para siempre.

Luego se volvió hacia los dos contendientes, cuyas ansias homicidas parecían calmadas por su llegada.

—Vosotros dos, vamos —ordenó en tono imperativo.

Lorán y Malone recogieron sus camisas y echaron a andar sumisamente detrás del joven. A los pocos pasos, Harvey sacó otro tubo de celulina.

—Estáis sangrando —dijo con parquedad.

Los contendientes se curaron sin dejar de andar. Al cabo de unos minutos, Malone, hirviendo en impaciencia, exclamó:

—Pero bueno, Dan, ¿quieres explicarnos lo que sucede?

—Y vosotros —contestó Harvey—, ¿queréis explicarnos por qué os habéis dejado enredar tan estúpidamente en esta pelea a muerte?

Malone y Lorán parecían desconcertados.

—No lo sé —dijo el segundo—. Estábamos en «El Águila Roja» y, de repente, se acercó esa prójima. Parecía muy simpática y bebimos unas copas con ella, charlamos un rato… y luego, de repente, no sé cómo, Chick y yo empezamos a pelearnos…

—Os dio una droga, seguro —opinó Harvey—. Dina Cooper es uno de los agentes femeninos de Harry Sutton.

— ¡«El Sucio»! —exclamó Lorán.

—Sí, ese mismo —confirmó Harvey.

—Pero no entiendo… ¿qué interés podía tener Dina en que muriese uno de nosotros dos?

—No podía matar más que a uno, aunque quizás hubiese conseguido veros muertos a los dos. «El Sucio» y yo hemos tenido algunas diferencias en el pasado.

—Sí, eso ya lo sabemos —convino Malone—. Pero, diablos, no es para tanto, digo yo.

—No somos muchos. La falta de uno, o tal vez de dos, se hubiese notado de manera sensible —contestó Harvey.

—Dan, ahora no tenemos nada en perspectiva…

—Te equivocas, Chick. Sí tenemos un buen asunto entre manos, y no me extrañaría en absoluto que Harry, que lo sabe todo, hubiese empezado a creamos dificultades.

—Pues no acabo de entenderlo —alegó Lorán—. ¿Cuál es el asunto que ha salido ahora, Dan?

—Lo sabréis dentro de unos minutos, cuando estemos delante de la persona que ha contratado, mejor dicho, que quiere contratar nuestra organización —contestó Harvey—. De todos modos, puedo anticiparos que se trata de evitar que Harry «El Sucio» conquiste un planeta llamado Edenia.

* * *

Los seis hombres estaban sentados en semicírculo frente a la

hermosa mujer, que, paradójicamente, permanecía en pie.

Era una muchacha, alta, hermosa, de formas estatuarias y piel muy tostada, que contrastaba exóticamente con su cabellera pajiza y sus ojos muy claros. La vestimenta de la joven era breve y sencilla, pero elegante.

Los seis hombres, a su vez, eran muy distintos físicamente entre sí. Lorán era bajo, membrudo, cejijunto y de hombros anchísimos. Malone, por el contrario, era muy alto y delgado como una espada.

Ahmet Zoltan era de mediana estatura y de piel cetrina. Link Callahan, rubio, sonrosado, pecoso, era un gigante que nunca dejaba de sonreír. El último miembro del sexteto era Jean Dubois, menudo, vivaracho, de mente aguda y manos habilísimas.

La reunión tenía lugar en el hotel donde Harvey se alojaba ordinariamente. Después de haber cerrado bien la puerta y conectado los dispositivos antiescucha, Harvey dijo:

—Muchachos, os presento a Julia Vinceton, de Edenia. Ella, mejor que nadie, explicará lo que desea de nosotros.

La joven hizo un ligero movimiento de cabeza. Luego empezó a hablar.

—Tengo entendido que el señor Harvey ya les ha anticipado algo de lo que me sucede. Simplemente, estoy aquí para corroborar sus primeras informaciones. He venido a solicitar su ayuda, para evitar la conquista de mi planeta por parte de un sujeto desaprensivo llamado Harry Sutton.

—Estamos dispuestos a ayudarla, señorita Vinceton —dijo Zoltan— pero antes de iniciar la tarea, queremos conocer más detalles.

Julia se volvió hacia Harvey.

—Yo creía que sus hombres le obedecían ciegamente —dijo.

—La obediencia es en campaña y, aun así, condicionada a las circunstancias —respondió el interpelado—. Pero cuando se trata de aceptar una misión, requiero siempre la aquiescencia de mis hombres. Un solo voto negativo bastaría para rechazar su solicitud, señorita Vinceton.

—Entiendo —murmuró Julia—. Bien, caballeros, pueden empezar las preguntas.

Dubois alzó la mano.

—En primer lugar, usted dice ser nativa de Edema. ¿Cómo usa

un nombre y un apellido enteramente terrestres?

—Mi padre lo era. No tengo por qué renegar de mi origen ni me avergüenzo de mi mestizaje.

—Aquí no somos racistas —dijo Callahan—. ¿Por qué quiere Harry conquistar su planeta?

—¿Por qué quieren algunos crear un imperio y erigirse en su cabeza visible? —replicó .Julia agudamente.

—«El Sucio» no actúa sin un motivo poderoso. Para él no existe más motivo que el dinero… o los materiales que puedan proporcionarlo: oro, piedras preciosas o metales raros. ¿Qué hay de todo esto en Edenia? —quiso saber Lorán.

—El oro no abunda demasiado en Edenia o, por lo menos, no se han descubierto grandes yacimientos. Lo mismo puede decirse de las piedras preciosas y de los metales raros, cuya misma rareza podría hacerlos valiosísimos. En realidad, ignoro los motivos auténticos de Sutton.

—Ese tipo no actúa sin una razón muy poderosa. Y remuneradora, claro —gruñó Malone—. Cuando pone el ojo en una presa, es que ha visto algo de mucho valor.

—Indudablemente, pero, en todo caso, yo lo ignoro —insistió Julia.

—Bien, ya lo averiguaremos… si vamos allí —dijo Zoltan dubitativamente.

—¿No van a aceptar? —preguntó ella, aprensiva.

Al hablar miraba a Harvey con gesto suplicante. El joven hizo un gesto claramente significativo: la decisión quedaba en manos de su gente.

—Nunca nos negamos a cooperar en un caso de justicia —declaró Malone—. Quizá somos unos quijotes, pero sólo hasta cierto punto.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Julia.

—Por lo menos, queremos cubrir gastos, señorita.

—No tengo mucho dinero —confesó la edemita—. Apenas lo justo para el viaje, pero había oído hablar tanto de su organización, que no pude resistir el deseo de venir y solicitar su ayuda.

—Todavía no se la hemos denegado, aunque tampoco puede contar con nuestra aceptación —dijo Dubois—. La banda de «El Sucio» es grande y bien organizada, pero, aun así, de efectivos

limitados, cuanto más, un centenar de hombres. ¿Cree que Edenia se puede conquistar con cien hombres, señorita Vinceton?

—Edenia tiene muchos habitantes. No hay naciones, sólo lo que ustedes llaman tribus. Algunos de los jefes de estas tribus se inclinan por aceptar los consejos de Sutton.

—Ah, Sutton les aconseja —exclamó Lorán.

—Sí, y no de buena manera, en mi opinión. Sencillamente, les está alucinando con las supuestas ventajas de una civilización semejante a la terrestre. En Edenia no somos reacios a los progresos en todo sentido; lo que queremos es que esto no se produzca mediante un salto brusco.

—Empiezo a sospechar que «El Sucio» trata de sublevar a algunas de las tribus edenitas contra… ¿Qué clase de gobierno hay en Edenia? —quiso saber Callahan.

—Un Consejo Superior de las Tribus, compuesto por un jefe de tribu y dos de sus notables. Cada tribu, por supuesto, tiene su propio consejo, y los acuerdos que éste toma son llevados y debatidos en el Superior —explicó Julia.

—Esto parece una federación de naciones —comentó Lorán—. ¿Puede una tribu desligarse de sus obligaciones para con las demás?

—En tal caso, tendría que celebrarse una especie de referéndum, que sería supervisado por una comisión designada por el Consejo Superior. Una decisión en este sentido, tomada solamente por el consejo interno de la tribu, no sería considerada válida.

—Supongamos que ese consejo interno toma el acuerdo de separarse de la Federación o como lo llamen ustedes. ¿Cómo volverían al redil a esa oveja descarriada?

—Simplemente, suspendiendo toda relación con sus miembros, todo comercio, toda clase de comunicaciones… La tribu así sancionada sufriría gravísimos perjuicios, puedo asegurárselo —dijo Julia.

— ¡Hum! En el pasado se han dado casos de bloqueo semejante en las naciones de la Tierra y no siempre se han obtenido resultados satisfactorios —comentó Dubois—. Pero estábamos en lo de la rebelión contra el Consejo Superior. ¿Qué pasará, si se produce y tiene éxito?

—Sencillamente, Sutton pondrá en el Consejo a sus amigos incondicionales, edenitas, por supuesto. Más adelante, los sustituirá

por miembros de su pandilla. Y entonces, él se considerará definitivamente dueño de Edenia.

—Y de sus riquezas potenciales, porque, a juzgar por su nombre, ese planeta debe de ser un paraíso o poco menos —dijo Zoltan.

—Nunca falta una serpiente en un paraíso —declaró Harvey sentenciosamente—. Bien, muchachos, ya tenéis una sucinta idea de lo que sucede en Edenia, o está a punto de suceder. Si se decide aceptar la misión, la señorita Vinceton nos facilitará abundancia de detalles. ¿No es así? —se dirigió a la interpelada.

Ella asintió.

—Desde luego —contestó.

Una mano se levantó en el acto.

—Voto por darle una buena a Harry «El Sucio» —dijo Lorán.

Cuatro manos más se levantaron en el acto. Sonriendo, Harvey alzó también la suya.

—Estamos a su lado, señorita —anunció.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

—Nunca viviré demasiados años para agradecerles lo que van a hacer por la paz de mi planeta —manifestó, hondamente conmovida.

CAPÍTULO II

El hombre que estaba junto al mostrador, alto y hercúleo, lucía una frondosa barba y un negro parche de pirata en el ojo izquierdo. Pocos sabían, sin embargo, que el parche no era sino un truco que había engañado a más de uno, ya que, pese a su aparente opacidad externa, por la cara interior era completamente transparente y el ojo de Harry Sutton poseía una agudeza visual excepcional.

Con la mano izquierda, Sutton ceñía el talle de una vistosa rubia. Ella reía sus bromas con carcajadas enteramente profesionales. A Sutton le gustaba que celebrasen sus chistes.

—Pronto te has consolado de la ausencia de Dina, Harry —sonó inesperadamente la voz de Dan Harvey.

Sutton se volvió rápidamente. Su ojo libre emitió un brillo de furia, contrarrestado por una fingida sonrisa de amistad.

—No sé de qué me estás hablando, Dan —contestó.

—Si pudiéramos quedarnos a solas unos minutos, lo sabrías con todo detalle.

El barbudo se separó de la mujer.

—Anda, ve a darte una vuelta por ahí —indicó—. Mi amigo y yo tenemos que hablar; te llamaré en seguida.

—No tardes, cariño —suplicó la rubia.

—¿Qué quieres beber, Dan? —invitó Sutton apenas se hubo quedado solo con Harvey.

—Nada, gracias, en este momento, no tengo sed. ¿Cómo está Dina?

Sutton había dejado ya de sonreír.

—Tiene media cara deshecha —gruñó—. Por tu culpa…

—Nada de eso, fue un accidente casual, y puede dar gracias de que el cuchillo sólo le rajase la cara. Si llega a ir un palmo más abajo, a estas horas no lo estaría contando.

—Es muy rencorosa, te lo advierto, Dan.

Harvey se encogió de hombros.

—No lo siento en absoluto. Ella quería que uno de mis hombres

muriese… ó tal vez los dos. Yo conseguí evitarlo; y estaba dispuesto a darle después una buena paliza, pero el cuchillo me lo evitó. ¿Le dijiste tú que drogase a mis hombres?

—Como acusado, me niego a contestar para no perjudicarme —contestó Sutton cínicamente.

—Lo que significa que no tienes la conciencia muy tranquila, Harry «El Sucio». ¿Cómo van tus planes para la conquista de Edenia?

—Ah, de modo que la chica ha ido a verte ya…

—Sí, Harry.

Sutton hizo una seña con la mano. Una guapa *barmaid* llenó su copa nuevamente.

—La vi por aquí y, conociéndola y sabiendo más o menos lo que pasa en Edenia, me imaginé a qué había venido —dijo el fingido tuerto después de un trago—. En realidad, lo que hizo Dina era más bien una advertencia, es decir iba a serlo, aunque ya resulta inútil.

—De modo que has estado en Edenia, Harry.

—Más de una vez, lo reconozco.

—Y tienes intención de conquistar…

«El Sucio» lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Quién, yo? Querido Dan, yo sólo tengo la intención de llevar a Edenia los beneficios de la ciencia y el progreso. Allí viven atrasadísimos, en la más completa de las ignorancias y… Bueno, si has leído relatos de viajes en la Tierra, en la época de los descubrimientos, cuando los exploradores llegaban a tierras de Indias o a las islas de los Mares del Sur, te imaginarás cómo viven actualmente los edenitas.

—Voy comprendiendo, Harry. Pero tú no haces nada sin la debida remuneración, y esa ciencia y ese progreso que dices vas a llevar a Edenia, será a cambio de algo. ¿Qué riquezas hay en el subsuelo del planeta?

—Dan, ¿es que no puedes entender que una persona actúe por motivos altruistas? Soy un filántropo, como tú, eso es todo.

—Sí, sí, filántropo —replicó Harvey con soma—. Harry, que nos conocemos bien. Julia me ha explicado claramente cuáles son tus intenciones.

—Y tú, en el acto, valiente y gallardo caballero, te has puesto inmediatamente de parte de la doncella desvalida —contestó «El

Sucio» sarcásticamente.

—Ella me ha pedido ayuda y yo, de acuerdo con mis hombres, se la he concedido, eso es todo.

—Extraña organización la tuya…

—Una simple agencia, que en tiempos antiguos se llamaba de investigación, sólo que ahora tiene un campo muchísimo más amplio. Pero sólo aceptamos trabajos decentes.

—¿Y cómo sabes tú que es un trabajo decente? No tienes más que su palabra, Dan.

—Eso es cierto, pero creo en ella, Harry.

Sutton vivió a reír de nuevo.

—Eres tonto de remate, Dan —le apostrofó—. Tarde o temprano, la civilización llegará a Edenia, y por lo que a mí concierne, cuanto más pronto, mejor, ¿comprendes?

—Lo que significa que llenarás la bolsa también más pronto.

—Exactamente —admitió Sutton sin pestañear.

—No debería decírtelo, porque sé que es perder el tiempo, pero, en fin, lo haré —suspiró Harvey—. Harry, apártate de Edenia.

—Iré allí —gruñó el barbudo—. Otros edenitas me han pedido que les ayude y, ¿por qué han de ser ellos menos que Julia Vinceton?

—La cosa es distinta…

—No —repuso Sutton tajantemente—, no es distinta. Un edenita me pide que le ayude y yo lo hago. Otro edenita te lo pide a ti y tú lo haces, aunque claro está, en sentido opuesto. Ésta es la única diferencia entre lo que haremos tú y yo, Dan; por lo demás, todo será igual.

—Olvidas los procedimientos que empleamos ambos. Son muy diferentes, Harry.

Sutton se encogió de hombros.

—Sólo me interesan los resultados —contestó fríamente.

—Está bien, me parece que ya se han deslindado los campos. Tienes una fama siniestra, Harry, para qué andarnos con rodeos. Si vas a Edenia, tendrás que atenerte a las consecuencias.

Los labios de Sutton se contrajeron.

—Esto significa una declaración de guerra, Dan —murmuró.

—A menos que desistas de tus proyectos, Harry.

—Has perdido el tiempo viniendo a verme.

—Lo sé, pero creí conveniente intentarlo. No me gusta atacar sin previo aviso.

—Eres demasiado decente, Dan —se burló Sutton—. Eso te perderá algún día.

—Pero, mientras tanto, mi conciencia no me molesta y puedo dormir tranquilamente. Claro que ¿conoces tú siquiera el significado de la palabra conciencia?

Harvey ya no habló más; dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

A sus espaldas, Sutton cambió una mirada con un tipo sentado en una mesa próxima y que había estado contemplando a los dos hombres mientras conversaban. Sutton hizo una seña con la cabeza, como indicando a Harvey, y el otro contestó con un leve gesto de asentimiento.

Luego, Sutton llamó a la rubia.

—Preciosa, aquí hay demasiada gente —dijo.

Ella le guiñó un ojo.

—Arriba estaremos mejor, Harry —contestó.

* * *

El hombre de Sutton caminó cautelosamente detrás de Harvey. El joven se percató a los pocos momentos de la persecución de que era objeto, por medio del diminuto radar individual que solía utilizar en lugares poco concurridos.

El radar emitió una señal silenciosa, pero que él captó en su cerebro. Dejó pasar unos momentos y comprobó que las distancias se mantenían.

Ahora ya no cabía la menor duda; no se trataba de un transeúnte accidental, sino de alguien que iba tras él.

—Y no para darme una palmadita en la espalda —murmuró.

Siguió andando. Las señales del radar se activaron.

El hombre de Sutton aceleraba el paso. Se disponía ya al ataque.

En el último instante, Harvey se volvió. La mano del sujeto, armada con un cuchillo bifoliado, cuyas hojas no medían menos de veinticinco centímetros de longitud, se movía en sentido semicircular horizontal.

El arma buscaba su cuello. Harvey se agachó velozmente y el

cuchillo zumbó, rozándole el pelo.

Una fracción de segundo más tarde, su mano atrapaba la muñeca armada. Casi al mismo tiempo, ejecutó un violentísimo movimiento de torsión, hacia adentro y hacia abajo.

El cuchillo penetró en el pecho del sujeto, debajo del esternón. Entró con toda facilidad, como si pinchase manteca.

Se oyó un gruñido apagado. Harvey agarró al individuo por el cuello y lo mantuvo en pie unos instantes, hasta que sus movimientos hubieron cesado.

Mientras tanto, reflexionaba. Al cabo de un minuto, cargó con el sujeto y volvió sobre sus pasos.

Poco después, se hallaba frente a la taberna. Escrutó las ventanas del primer piso, calculando la que le interesaba. De repente, en una que se captaba algo de luz, divisó una silueta inconfundible.

Harry Sutton avanzaba en aquellos momentos hacia la rubia.

—Verás lo bien que lo vamos a pasar…

Sutton no tuvo tiempo de seguir. Algo rompió la ventana con tremendo estrépito.

La rubia chillo. Sutton respingó al ver aquel cuerpo que rodaba por el suelo de la habitación.

El cadáver quedó boca arriba, con el cuchillo todavía hincado en el pecho. Para la rubia resultó un espectáculo demasiado horroroso. Sencillamente, se desmayó.

Sutton se puso a jurar, con las palabras más virulentas de su repertorio. La rubia no le escuchaba, pero, aunque hubiera estado inconsciente, tampoco le habría importado.

Al cabo de unos minutos, Sutton se recobró. Sacó del bolsillo una cajita poco mayor que una ficha de dominó, presionó un diminuto botón y llamó:

—Chu-Too, ven inmediatamente al número siete.

—Está bien —contestó una voz de inconfundibles tonos orientales.

CAPÍTULO III

Chu-Too abrió la puerta, vio el cadáver y lanzó una exclamación:

— ¡Por Confucio! ¿Me equivoco al suponer que ese fiambre es Rick Nader?

—No te equivocas, Chu —contestó Sutton sombríamente—. Esto es todo lo que queda de Nader.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se puede saber, Harry?

La rubia, repuesta, se había largado hacía unos minutos. Sutton se daba a todos los diablos, maldiciendo amargamente a Harvey, que le había estropeado la noche.

—Lo envié detrás de Harvey. Nader no hizo bien las cosas, eso es todo —explicó Sutton parcamente.

—Tendremos que deshacernos del cadáver…

—Ese asunto no interesa ahora, Chu. Lo importante es poner bajo continua vigilancia Harvey y a todos sus hombres.

—Sí, Harry… Oye, empiezo a sospechar que Harvey…

—Cierto. Piensa ir a Edenia.

Los ojos de Chu-Too se entrecerraron.

—No permitiremos que nos estropee el mejor negocio de nuestra vida —masculló.

—En eso, estamos de acuerdo. Pero yo creo que tenemos dos formas de conseguirlo, Chu.

—Explícate, Harry.

Sutton habló durante unos minutos. Al terminar, Chu se mostró completamente de acuerdo con su jefe.

—Creo —opinó—, que del primer asunto podría encargarse Tom Verethy, dejando a su elección los hombres que han de acompañarle.

—Sí, de acuerdo.

—En cuanto al otro negocio, el grupo de Reggie Camino lo realizará satisfactoriamente.

—Conforme. Por ahora, eso es todo, Chu. Ahora, envíame a dos hombres de confianza para que se lleven este fiambre.

—Sí, Harry.

Al quedarse solo, Sutton se sirvió una copa. Bebió un largo trago y se sintió más animado.

Edenia iba a ser un buen negocio para él, el mejor negocio de su vida; un asunto que le permitiría vivir como un rey durante el resto de sus días. Naturalmente, no iba a permitir que un chiflado se lo estropease.

* * *

Harvey terminó de dar el último golpe de destornillador y luego se volvió hacia la muchacha, que había contemplado atentamente todas las operaciones.

—Ya lo sabe, señorita Vinceton…

—Por favor, Julia —rogó ella con encantadora sonrisa.

—Está bien —sonrió Harvey también—. No salga nunca sin ese cinturón, ni se desprenda de él, salvo para bañarse. Antes de que se bañe, por supuesto, déjelo al alcance de su mano. Mientras esté en sus habitaciones del hotel, si lo precisa, oprima el botón de la derecha. En caso de peligro en la calle o en cualquier otra parte, fuera del hotel, apriete el izquierdo. Eso es todo, Julia.

—Sí, pero ¿qué pasará cuando lo haga?

—No se preocupe; lo único que debe tener en cuenta es no hacerlo, a menos que resulte absolutamente preciso. Ah, sí está dentro del hotel y ve que va a necesitar el cinturón, sitúese siempre en la parte de más adentro de los dos puntos que me he marcado en la pared.

—Así lo haré. Dan.

Harvey se dirigió hacia la puerta.

—Es una simple medida de precaución, Julia; no quiero que le ocurra nada durante su estancia en la Tierra —explicó.

—Nos veremos en Edenia, supongo —dijo ella.

—Allí nos encontraremos —se despidió Harvey lacónicamente.

Del hotel, Harvey se encaminó a su cuartel general, donde ya le aguardaban sus cinco socios.

—Bien —dijo, apenas entró en la sala—, ya está asegurada la protección de la chica. ¿Cómo van los trabajos preparatorios?

—He calculado una órbita directa a Edenia, que nos llevará allí

en un mínimo de tiempo…

—Veamos esa órbita, Jean —pidió Harvey, interrumpiendo a Dubois, que era quien había hablado.

Dubois le enseñó la carta estelar sobre la que había estado trabajando. Era el navegante del grupo y su competencia estaba fuera de toda duda.

—Me disgusta contradecirte, Jean —manifestó Harvey pasados algunos minutos—, pero creo que esa órbita no es la más conveniente.

Tomó un lápiz rojo y trazó sobre la carta una línea curva, de gran radio.

—¿Por qué no estudias una órbita de un trazado aproximado al que acabo de señalar? —sugirió.

—Dan, nos haría dar un rodeo enorme —objetó Dubois.

—Ya lo sé, Jean —contestó Harvey, impasible.

—Creo que empiezo a comprenderte. Dan —terció Lorán—. Tú pretendes dar un rodeo, a fin de que no te localicen las naves de «El Sucio».

—Justamente, Pedro —confirmó Harvey con amplia sonrisa.

—¿Y no crees que ellos pueden pensar que, precisamente, tratas de dar un rodeo? —preguntó Callahan.

—Nada me gustaría más que ver a Harry llegar a la misma conclusión a que tú has llegado, Link.

Era una respuesta enigmática, pero cuando Harvey hubo explicado su plan, el sentido de sus frases apareció diáfano para todos los allí congregados.

* * *

Julia había salido unos momentos antes del baño y estaba terminando de secarse, cuando, de pronto, oyó que llamaban a la puerta.

El cinturón estaba sobre un taburete. Julia se puso apresuradamente una bata corta, tomó el cinturón y salió del baño.

Mientras caminaba presionó el botón derecho. Desde el centro de la estancia, dijo:

— ¡Adelante!

La puerta se abrió y tres hombres entraron en la habitación. Dos

de ellos iban armados.

—Tiene que acompañarnos, señorita —dijo Tom Verethy.

—¿Por orden de Harry «El Sucio»?

Verethy se quedó cortado un instante. Luego contestó:

—Eso no importa ahora. Vamos, vístase y síganos.

Julia sonrió.

—¿Por qué no viene y me viste usted mismo? —le desafió.

Verethy se volvió hacia sus acompañantes.

—A decir verdad, no sería mala idea —dijo—. ¿Quién quiere acompañarme en tan agradable tarea?

— ¡Hombre, qué cosas tienes! —contestó uno de ellos, de tan buen humor como Verethy.

—Tom, tú lo único que tienes que hacer es distribuir el «trabajo» —exclamó el otro riendo.

Verethy avanzó hacia la joven, que permanecía inmóvil en el mismo sitio. Alargó una mano, pero, de repente, brilló un vivísimo chispazo y se oyó un fortísimo chasquido.

Un cuerpo humano rodó por tierra, fulminado por la descarga eléctrica. Los otros dos retrocedieron, vivamente impresionados.

—Había una barrera de energía —murmuró uno de ellos.

El otro dio media vuelta.

—Vámonos, ya la atraparemos —gruñó.

—Sí, pero ¿qué hacemos del pobre Tom?

—Que se encargue ella de dar explicaciones a la policía. Vámonos.

Los dos hombres se marcharon. Julia se sintió mareada unos momentos, pero en seguida procuró rehacerse.

Presionó el botón de nuevo y luego cruzó la estancia. Se inclino sobre el videófono y marcó un número.

El rostro de Harvey apareció en la pantalla a los pocos instantes.

—Hola, Julia. ¿Sucede algo?

—Sus precauciones resultaron acertadas —dijo la muchacha—. Tres individuos han intentado raptarme.

—¿Y…?

—Uno de ellos ha muerto electrocutado.

—Celebro que siguiera mis consejos —dijo Harvey—. ¿Sabe quién es?

—El muerto se llamaba Tom, es lo único que pude escuchar.

Dan.

—Tom Verethy —identificó el joven—. El mundo ha quedado libre de un indeseable, Julia.

—Sí, pero su cadáver…

—No se preocupe; yo arreglaré ese asunto. Siga en su habitación hasta que yo llegue ahí.

—De acuerdo, Dan. Lo… lo cubriré con una manta. Tiene un aspecto horroroso —dijo la muchacha.

—No me extraña en absoluto —contestó Harvey.

* * *

Ahmet Zoltan era especialista en disfraces. Por eso Reggie Camino no sospechó del anciano que le pedía fuego para su vieja pipa.

—Sigue usted con sus costumbres de antaño, ¿eh, abuelo? —dijo Camino con buen humor.

—Muchacho, nada hay comparable al placer del tabaco fumado en una buena pipa —contestó Zoltan—. Claro que vosotros los jóvenes no podéis comprender… De viaje, ¿eh?

—Sí, nos iremos dentro de poco. Asunto? de negocios, abuelo.

—Buena suerte y gracias, muchacho —se despidió Zoltan.

Dio medio vuelta y se alejó renqueando, apoyado en un bastón de aspecto muy antiguo. Camino meneó la cabeza.

—No hay nada peor que llegar a viejo —murmuró filosóficamente.

Y volvió a su nave, para terminar los trabajos de alistamiento.

Una hora más tarde, Zoltan empezaba a quitarse la barba blanca en presencia de Harvey.

—Camino está alistando una nave tipo Ergson-IV —informó—. Su nombre es «Tina Q.» y su número de matrícula OB-700-5.

—Una nave Ergson-IV —repitió Harvey pensativamente—. No tiene demasiada capacidad, Ahmet.

—Pero es muy veloz.

—Eso es cierto. Sin embargo, tiene ciertos defectos.

—¿Por ejemplo?

—Sólo puede cargar dos torpedos espaciales y no dispone más que de un bote salvavidas.

—Para lo que ellos lo quieren, será suficiente, Dan —dijo Ahmet.

Harvey sonrió.

—Procuraremos evitar que lo consigan. ¿Sospechó de ti?

—No lo creo. El disfraz era perfecto.

—Está bien. Ahora, trataremos de conseguir su órbita de viaje —dijo Harvey.

—¿Quieres que yo…?

—No, eso es algo de lo que se encargará Chicle Tiene buenos amigos en el astropuerto.

Lorán entró en aquel momento.

—La nave está lista —anunció.

—Estupendo —dijo Harvey—. Zarparemos apenas conozcamos la órbita de la «Tina Q.».

—¿Qué nave es ésa? —preguntó Lorán.

—Una que, presumiblemente, ha destinado Harry «El Sucio» para impedir que lleguemos a Edenia, Pedro.

* * *

A Julia ya le quedaban pocos días de estancia en la Tierra.

Una astronave de pasajeros zarparía tres días después, aunque no en viaje directo a Edenia. El pasaje le costaba bastante caro, puesto que la astronave tendría que destacar un bote espacial para desembarcarla en su planeta. Esto suponía un cierto retraso y la compañía exigía, lógicamente, la necesaria compensación.

Julia debía arreglar su documentación. Después de vestirse, abandonó el hotel y salió a la calle.

Dos individuos la flanquearon en el acto. Julia los reconoció inmediatamente.

—Ahora no tiene una barrera protectora —murmuró Clay Miller.

—Y si no embarca en ese coche que tenemos junto a la acera, la freiremos aquí mismo —añadió Ron Kersley.

Julia miró serenamente a los dos individuos.

—¿Adonde me llevan? —preguntó.

—Entre en el coche. Ya lo sabrá cuando termine el viaje —contestó Miller abruptamente, aunque sin apenas alzar el tono de su voz.

La muchacha asintió. Le parecía que la acera, demasiado concurrida, no era el lugar más adecuado para deshacerse de los dos forajidos.

Entró en el vehículo, un aeromóvil que se elevó inmediatamente a gran velocidad. A los pocos momentos, el aparato pasó por la vertical de los límites de la zona urbana.

Julia aguardó todavía unos minutos. Cuando se hallaban sobre el campo, presionó disimuladamente el botón izquierdo de su cinturón.

Viajaba en el asiento delantero, entre sus dos captores. Miller y Kersley empezaron a chillar en el acto, debatiéndose, presa de vivos dolores.

Los dos sujetos se estremecían horriblemente. En una de las sacudidas, Miller abrió la portezuela sin querer y saltó al vacío, precipitándose hacia el suelo, desde unos ochocientos metros de altura.

Kersley jadeaba, incapaz de reaccionar, con el rostro deformado por el dolor. Julia le quitó la pistola y luego tomó los mandos.

Instantes más tarde, el aeromóvil aterrizaba en un lugar desierto.

—Salte fuera —ordenó.

Kersley, todavía aturdido, obedeció. Julia le siguió en el acto.

—Vaya al otro lado de esos arbustos y desnúdese —ordenó ella, implacable.

El sujeto, tembloroso y desconcertado, cumplió el mandato sin rechistar. Sus ropas volaron segundos después por encima de las ramas.

Julia notó que faltaba algo.

—Las botas —exigió.

Kersley se sentía ya mejor, pero claramente se daba cuenta de que seguía bajo la amenaza de la pistola. Rezongó un poco, pero acabó por descalzarse.

Julia examinó la pistola un instante. El indicador de potencia térmica señalaba el mínimo.

Apretó el gatillo una vez. Las ropas de Kersley ardieron instantáneamente.

El forajido lanzó una obscena imprecación.

— ¡Grosero! —le apostrofó ella.

Y disparó una descarga contra la base del arbusto, que se convirtió en el acto en una masa de llamas.

Kersley huyó despavorido, sin cuidarse en absoluto de su desnudez. Julia no pudo contener una carcajada, al ver el aspecto tan cómico que ofrecía el individuo.

Luego, mientras volvía al aeromóvil, se dijo que debía preguntar a Harvey qué clase de descargas disparaba aquel maravilloso cinturón.

CAPÍTULO IV

—Son unas descargas eléctricas, que afectan exclusivamente al sistema nervioso —explicó Harvey, una vez hubo conocido el suceso—. Pero la efectividad del cinturón, en este caso, desaparece a los tres metros de distancia.

—Ya comprendo —dijo Julia—. Esos individuos debieron de pasarlo muy mal, Dan.

—No es agradable, por supuesto, aunque el dolor desaparece unos minutos más tarde. ¿Dice que uno de ellos ha muerto?

—Sí, una sacudida le hizo abrir la portezuela de su lado y cayó al vacío.

—Las descargas del cinturón afectan de modo muy distinto al sistema nervioso, según las personas, claro —manifestó Harvey—. Seguramente, el que cayó era un individuo delgado, más bien de pocas carnes.

—Sí, en efecto, así era —confirmó Julia.

—Un tipo nervioso y, por tanto, más influenciable que su compañero. ¿Qué le pasó al otro?

—Lo abandoné en pleno campo, sin una sola prenda de ropa encima.

Harvey soltó una carcajada,

—Muchacha, es usted inapreciable —dijo—. ¿Cómo se le ocurrió la idea?

—Bueno, pensé que debía retrasar su regreso a la ciudad todo lo más que pudiera —contestó ella.

—¿Oyó nombres, Julia?

—No, esta vez hablaban sin pronunciar ningún nombre. Pero eran los mismos que acompañaban a Verethy.

Harvey movió la cabeza.

—Ese condenado Sutton no desiste de sus propósitos —masculló—. Es un tipo muy obstinado, de los que sólo admiten lecciones definitivas.

—Usted parece conocerle bien, Dan —observó la muchacha.

—En cierto modo. Hasta ahora, sólo habíamos tenido roces sin

importancia, pero me parece que ha llegado el momento del encuentro definitivo.

* * *

Harry Sutton procuró dominar la rabia que sentía, aunque no consiguió evitar una crispación de sus manos.

—De modo que, súbitamente, empezasteis a sentir dolores en todo el cuerpo —dijo.

—Sí, jefe —contestó Kersley, profundamente avergonzado—. No sé qué diablos hizo aquella chica, pero, de repente, Clay y yo creímos volvernos locos de dolor. A Clay se le debió de hacer insoportable, porque abrió la portezuela y se tiró de cabeza.

—¿A qué distancia estabais del suelo? —inquirió Chu-Too, presente en la habitación.

—Ochocientos metros, Chu.

Sutton lanzó un nuevo gruñido.

—Está bien, Ron, ya puedes irte —dijo.

Los dos hombres se quedaron solos.

—Esa chica nos va a dar muchos quebraderos de cabeza, Harry —dijo Chu-Too.

—El que nos los está dando es Harvey —rezongó Sutton—. Pero si conseguimos deshacernos de él, lo demás no tendrá dificultad alguna.

—Harvey es demasiado listo…

—Y yo no soy tonto, Chu. He cometido algunos errores, pero Harvey no es en modo alguno infalible.

—Sí, pero, de momento, nos está ganando…

—Sólo de momento —dijo Sutton—. Escucha, vamos a dejar tranquila a la chica. Debiéramos haberlo hecho en un principio y así hubiéramos evitado algunas bajas. Lo que haremos será atacar directamente a Harvey.

—¿Cómo, Harry?

Sutton se echó hacia atrás en su asiento, sonriendo con aire complacido.

—He conseguido averiguar su órbita de vuelo hacia Edenia —contestó.

—Y enviarás una nave a interceptar la suya.

—Exacto.

—¿Crees que él no habrá previsto semejante posibilidad, Harry? —exclamó el oriental.

—Por supuesto que sí. Es más, incluso quiero que se encuentre con la nave de Camino.

—¿Por qué? No te entiendo, Harry.

—Muy sencillo. La «Tina Q.» sólo será un cebo destinado a hacerle creer que tiene la ruta despejada. Y la tendrá, efectivamente; incluso le dejaremos que destruya la nave de Reggie. Luego, nosotros le esperaremos en el suelo y le daremos la más calurosa de las bienvenidas.

Chu-Too sonrió torcidamente. Luego, con gesto en apariencia melancólico, dijo;

— ¡Pobre Reggie!

* * *

Malone llamó a la puerta del camarote y entró cuando su ocupante le concedió el permiso oportuno.

—¿Molestó, Dan? —preguntó, al ver a Harvey con un libro en las manos.

—Oh, no, en absoluto, Chick. Simplemente, estaba tomando algunos datos sobre las tribus de Edenia.

—Salvajes, ¿no?

—Según se mire. Su género de vida es relativamente primitivo, comparado con nuestros módulos, aunque no tanto si se estudia un poco. Simplemente, el género de vida de una tierra que lo da todo a cambio de muy poco trabajo. Aire puro, abundancia de vegetación, pero no del tipo tropical, que hace imposible o poco menos la existencia; abundancia de animales pacíficos, abundancia de agua… y pocas fieras.

—En resumen, un paraíso.

Harvey se reclinó pensativamente en su sillón.

—Sí, un paraíso que una serpiente quiere convertir en un infierno —murmuró.

—La labor de esa serpiente ya ha empezado —dijo Malone.

—Cierto, ya han surgido los primeros descontentos… y es que el ser humano, viva donde viva, no cambia de carácter. Pero éstas son

filosofías que no nos conducen a nada, Chick. ¿Qué sucede?

—Pedro dice que dentro de muy poco tendremos a Edenia en visión telescópica. Unas horas todo lo más, Dan —contestó Malone.

—Tengo ya ganas de poner el pie en ese planeta —dijo Harvey —. Hay una tribu que, sobre todo, me preocupa un poco más que las restantes.

—¿Son belicosos, Dan?

—No más que los otros, pero están dirigidos por un jefe ambicioso, que no hace más que torpedear las decisiones del Consejo Superior. Y lo malo es que ese jefe tiene muchos seguidores.

—A lo que parece, siguen puntualmente la historia de la Tierra. Siempre hubo entre nosotros una nación que quiso erigirse en potencia rectora, claro que aprovechándose de diversas circunstancias, que no es necesario enumerar.

—En Edenia pasa algo parecido. Tinor quiere que se modifique el sistema vigente de gobierno y, entre los meridionales, porque su tribu es la de la Zona Sur, la idea parece tener buena acogida.

—Hombre, si se van a ver dominando a los demás, no me extraña —comentó Malone—. ¿Se llama Tinor ese jefe?

—Sí —confirmó Harvey.

—Bien, pero ¿cuál es la opinión de Tinor acerca de una nueva forma de gobierno?

—Votación general y común, de todos los individuos de Edenia, sin discriminación de tribus ni zonas geográficas. Entonces se elegiría un nuevo Consejo Superior, que tendría autoridad en Edenia, no sólo sobre los asuntos exteriores, sino también en los internos de cada tribu.

—Eso es algo así como centralización de poderes, ¿no es cierto?

—En efecto, y la cosa podría dar resultado, si no se temiese un adúlteramente en las elecciones.

—Comprendo. Tinor maniobraría para ser elegido y, con él, todos sus amigotes.

—Exactamente. Harry le ayudará… aunque lo que el pobre imbécil de Tinor no sabe que, pasado algún tiempo, «El Sucio» hará una bonita práctica de defenestración política, y quién sabe si también física, y se quedará sin nada. Harry, entonces, se convertiría en el auténtico dueño de Edenia.

—¿Puede hacerse legalmente una cosa así, Dan? —consultó Malone.

—En todo caso, modificarían las leyes para no ser objeto de reproche —contestó Harvey.

—Pero ¿cómo podría «El Sucio» intervenir en la política interior edenita?

—Muy sencillo. Si Tinor consigue el poder, le concederá, como agradecimiento, la ciudadanía edenita, con todos los derechos inherentes a la misma. Y, una vez convertido en un edenita más, Harry acabaría por comerse el pastel que ahora Tinor cree estar guisando para él solo.

Malone sonrió.

—Ya entiendo. Un plan estupendo si les sale bien…, pero Harry no es tipo que hace las cosas sólo porque le llaman señor Presidente o algo por el estilo —objetó.

—En alguna parte, existe alguna riqueza ignorada de casi todo el mundo y Harry quiere llenar su saco de tesoros —respondió Harvey significativamente.

Malone quiso hablar, pero no pudo.

Un tañido metálico le interrumpió de pronto. La voz del piloto brotó a través de un altoparlante:

—Detectada una nave en nuestra órbita —informó Lorán—. Sospecho se trate de la «Tina Q.».

—Está bien, Pedro —contestó Harvey por medio de un interfono —. Pon en marcha el plan acordado.

—Sí, Dan.

* * *

Los seis hombres estaban en la amplia cabina encristalada de la nave. A través de los vidrios podían verse las estrellas, pero la atención de todos estaba fija en una gran pantalla.

La pantalla estaba conectada a un potente telescopio, que aproximaba extraordinariamente las imágenes. Ahora había una astronave en el centro del cristal deslustrado.

El receptor estaba abierto. Una voz sonó de pronto dentro de la cámara.

—Reggie, tengo a tiro la nave de Harvey.

—¿Están dispuestos los torpedos?

—Sí, Reggie.

—Bien, dispara.

Pasaron algunos segundos. Una raya de luz blancoazulada se vio de repente en la pantalla.

—La distancia es de millón y medio de kilómetros —informó Pedro, después de una rápida consulta al radar.

Dentro de la cámara, los ocupantes hablaban sin temor a ser escuchados. Las voces de los tripulantes de la «Tina Q.» les llegaban merced al emisor secreto que Ahmet había instalado subrepticiamente, durante una de sus visitas al astropuerto.

Otra segunda raya siguió a la primera. De pronto, se vio brillar un vivísimo chispazo multicolor.

Harvey sonrió satisfecho.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo—. Adelante, Pedro.

CAPÍTULO V

En la cámara de mando de su nave, Reggie Camino sonrió satisfecho.

—Harvey y los suyos han quedado listos —dijo, tras contemplar las dos explosiones de los torpedos—. Mallory, envía al jefe la señal convenida.

—Sí, Reggie.

Mallory presionó un botón del cuadro de mandos. Era suficiente; Sutton recibiría poco después un pequeño grupo de letras, que componían una clave previamente convenida.

Ni Reggie ni ninguno de los que se hallaban a bordo sabían que la conexión de aquel emisor privado no se había efectuado. Tampoco conocían la existencia de otro emisor, hasta que, de repente, se oyó una voz en el interior de la cabina:

—Reggie, soy Harvey. Ha disparado usted dos torpedos en balde.

Hubo un momento de consternado silencio entre los nueve ocupantes de la «Tina Q.». Luego, Camino, rehaciéndose de la sorpresa recibida, barbotó:

—Pero ¿quién es usted? ¿Me toma por un tonto? Harvey ha muerto…

—Reggie, usted ha destruido solamente una nave vacía. Mi astronave está detrás de ustedes. Los tenemos a la vista… y al alcance de mis torpedos, que son bastante más de dos, créame.

Camino lanzó un aullido de cólera.

— ¡Harvey! ¿Cómo se comunica conmigo? No tenemos conectadas las radios…

—Se equivoca. Hay en su nave una emisora, que fue instalada en el aeropuerto por uno de mis hombres. Es inútil que la busque, porque no la encontrará y, además, la frecuencia es única, de modo que nadie sino nosotros podemos emplearla, es decir usted y yo.

Camino se puso a sudar. Conocía la habilidad de Harvey y pensó que no podía poner en duda sus palabras.

Además, estaba desarmado, cuando menos para un combate en

el espacio. La «Tina Q.», sólo tenía capacidad para dos torpedos y ya los había consumido.

—¿Qué… qué quiere usted? —preguntó.

—Su nave dispone de un bote salvavidas. Embarquen todos en él, inmediatamente.

—Podemos negarnos, Harvey.

—Inténtelo, Reggie.

Casi en el acto, una raya de luz blancoazulada pasó a cortísima distancia de la nave, lanzando hacia la cabina un resplandor intolerable. Asustados, todos los que estaban allí retrocedieron unos pasos instintivamente.

—Éste ha sido sólo un disparo de advertencia, Reggie —dijo Harvey, inflexible—. El próximo irá dirigido directamente al blanco y todos ustedes se convertirán en polvillo cósmico.

Sus movimientos cesaron bien pronto. Cuatro manos apartaron las ramas de un arbusto cercano. Dos hombres aparecieron en el claro.

Uno de ellos se inclinó sobre el caído. Después de examinarlo unos momentos, se volvió hacia su compañero.

—Ya te dije que mi puntería era infalible, Chu —exclamó, satisfecho.

—Nunca lo dudé, Griar —contestó el oriental—. Pero ahora hay que hacer desaparecer el cuerpo.

—El río está cerca. Una cuerda y una piedra serán suficientes —manifestó el nativo.

Momentos más tarde, el cadáver se sumergía en las profundas aguas de un río, ancho y de mansa corriente. Luego, Chu-Too y Griar emprendieron el regreso.

Una hora más tarde, entraban en el alojamiento de Tinor. Griar informó:

—Hemos encontrado a Kazed.

—¿Y bien? —preguntó Tinor.

—Ya está en el fondo del río.

Tinor sonrió satisfecho. Era un sujeto de mediana estatura, rostro huesudo y nariz afilada.

—Hemos suprimido un importante obstáculo —dijo—. Gracias, amigos.

Chu-Too hizo una reverencia del más puro estilo oriental.

—Tú nos pediste ayuda y nosotros somos tus humildes servidores —manifestó, fingiendo un servilismo que estaba muy lejos de sentir.

* * *

Julia terminaba de peinarse, cuando, de pronto, sintió que llamaban a la puerta.

La joven se levantó en el acto y abrió. Un hombre de mediana edad, vestido sucintamente con una especie de pantalón corto de piel muy fina, apareció ante sus ojos.

— ¡Mouno! —exclamó ella, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Traigo malas noticias —dijo el nativo, cuyo rostro aparecía cubierto de sombras—. Kazed ha sido asesinado.

Julia se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo ha sido? —preguntó—. Cuéntame, Mouno, te lo ruego.

—Kazed salió ayer y no regresó. Su mujer nos ha dicho que fue a recolectar uvas silvestres en la Cañada de las Hierbas Altas. Tenía que haber vuelto a medio día, pero cuando pasó el tiempo y vio que no regresaba, rogó a algunos de sus amigos que salieran a buscarle. Esta mañana, poco después de amanecer, encontraron un rastro, que les condujo al río. Allí estaba el pobre Kazed, con una cuerda al cuello y una piedra atada a la cuerda.

Julia sintió un vivo estremecimiento de horror.

—Lo ahogaron vivo —dijo.

—No —contestó Mouno—. Le mataron de un flechazo y luego quisieron hacer desaparecer su cuerpo, arrojándolo al río. Pero dejaron demasiados rastros y Orner se imaginó lo que podía haber sucedido. Bucearon y encontraron el cadáver.

La muchacha se dejó caer sobre un rústico taburete de fibra y cañas semejantes a las de bambú.

— ¡Pobre Kazed! —musitó—. Era el más celoso defensor de los derechos de la tribu y el que tenía más prestigio de todos nosotros.

—Por eso lo han asesinado —dijo Mouno, ceñudo—. Era un hombre que podía arrastrar a mucha gente detrás de sí. Sus asesinos sabían bien lo que hacían.

—¿No hay indicios de quiénes han sido?

—No, los rastros señalan la presencia de dos personas, una de

ellas muy liviana de peso, pero eso es todo, Julia.

Ella asintió.

—Es horrible —calificó—. Muerto Kazed, nos vamos a ver en muy difícil Situación, Mouno.

—Eso es lo que ocurriría si no tuviese usted ayuda, Julia —sonó de repente una voz masculina.

La muchacha se puso en pie de un salto.

— ¡Dan Harvey! —exclamó.

—Yo mismo —contestó el terrestre, sonriendo alegremente, a la vez que avanzaba hacia ella con ambas manos extendidas—. Pero me parece que debo tal vez moderar el júbilo de verla de nuevo. He oído algo que me da a entender que las cosas no van todo lo bien que debieran, Julia.

—Así es —corroboró la muchacha—. Acaba de cometerse un crimen repugnante, a consecuencia del cual ha muerto un hombre íntegro, una de las personas que mejor podían haber combatido los siniestros propósitos de Tinor y de Harry «El Sucio».

CAPÍTULO VI

La cabaña de Julia, aunque de sencilla construcción, no carecía de un mínimo de comodidades. Lo mejor de todo, para Harvey, era el esplendoroso panorama que se divisaba desde sus ventanas.

Pero Harvey, en aquellos momentos, no estaba para admirar las vistas. Toda su atención estaba centrada en el relato que Julia le hacía de los últimos acontecimientos.

—Es decir —habló, cuando ella hubo terminado—, fueron a tiro hecho.

—En efecto, Dan.

—No hubo pelea ni otro motivo cualquiera que justificara la muerte de Kazed.

—En absoluto. Fue un asesinato fríamente premeditado y ejecutado sin el menor remordimiento.

—¿Está muy lejos el lugar donde se cometió el crimen?

—Un par de horas, a pie, Dan. Con otros medios de transporte, se puede llegar en diez minutos.

—¿Podría usted llamar a alguno de los que encontraron los rastros del crimen, Julia?

—Sí, Dan, al momento.

Minutos más tarde, un joven edonita entraba en la cabaña.

—Orner, te presento a Dan Harvey, un buen amigo mío —dijo Julia— Ha venido a ayudarnos y no es necesario que te diga en qué va a consistir su ayuda.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Celebro conocerle, Dan —manifestó Orner.

—Digo lo mismo —contestó el terrestre—. Orner, ¿usted podría guiarme al lugar del crimen?

—Sin duda alguna.

—Bien, saldremos para allí dentro de unos minutos, aunque no iremos a pie, por supuesto —decidió Harvey.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un diminuto transmisor. Dio el contacto y dijo:

—¿Pedro?

—Adelante, Dan —contestó Lorán.

—Necesito que vengan dos de los muchachos, con propulsores individuales. Dejaré la radio encendida a fin de que puedan orientarse.

—Sí, Dan.

—Es urgente, Pedro —recomendó Harvey—. Ah, y que se traigan otro propulsor para mí.

—Descuida; los tendrás ahí dentro de diez minutos.

Harvey se volvió hacia la muchacha al concluir la transmisión.

—¿Cuál es la opinión que tiene usted de Tinor como hombre justiciero? —preguntó Harvey.

—Por lo menos, presume de ello, aunque sus hechos no respondan…

—Ahora tendrá que demostrarlo o quedar como un embustero delante de su propio pueblo —aseguró el terrestre con gesto ceñudo.

Y se volvió hacia el edonita.

—¿Vamos, Orner?

—Cuando quiera, Dan.

Harvey se despidió de la muchacha.

—Además de hacer que Tinor pruebe que es un hombre amante de la justicia, pondré a Harry «El Sucio» en un aprieto —dijo.

* * *

La flecha partió silbando y se clavó en el pecho de Kazed. El edonita lanzó un grito, soltó las uvas y se desplomó pataleando al suelo.

Momentos después, dos hombres partieron de la espesura. Hablaron brevemente entre sí y luego cargaron con el cadáver.

El río estaba relativamente cerca. A los pocos minutos, el cuerpo de Kazed se sumergía en las aguas, con una piedra sujeta a una cuerda, a su vez atada al cuello de la víctima.

— ¡Perfecto! —exclamó Harvey—. La representación ha terminado.

Malone y Zoltan se volvieron hacia él.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó el primero.

Harvey sonrió.

—Eso espero. La película, además, saldrá un tanto borrosa, quizá más de lo conveniente, pero no tanto que no se distingan los rostros. Ahmet, tu habilidad para los disfraces ha resultado esencial —añadió.

Zoltan se mostró complacido del elogio.

—Quizá a Callahan no le haya gustado tanto —dijo.

El gigante, con la piel teñida deliberadamente, salía del agua en aquel momento.

—He pasado un rato muy malo —confesó.

—¿Por qué? —se extrañó Harvey—. El nudo era fácil de soltar…

—No me refería a eso, Dan. Se trataba más bien de una cuestión psicológica. Resulta muy desagradable pensar que te hundes en el agua, con una piedra al cuello. Debe de ser una muerte horrible, créeme.

—Sí, pero el pobre Kazed estaba ya muerto cuando fue arrojado al agua.

—Eso es verdad. ¿Han salido bien las escenas?

—Así lo espero —contestó Harvey sonriendo—. De todas formas, espero pasarlas por la pantalla antes de ir a visitar a Tinor. Bien, creo que es hora ya de que regresemos al poblado.

Los propulsores individuales entraron en funcionamiento. Puesto que Orner no sabía manejarlo, Harvey y Callahan se encargaron de llevarlo suspendido de los brazos, como habían hecho la víspera, cuando les acompañó a la búsqueda de los rastros del crimen.

Antes del atardecer, Harvey proyectó la película impresionada. El parecido de Zoltan con Chu-Too era singular.

—¿Cómo han adivinado que se trata del oriental?

— preguntó Julia, que asistía a la proyección.

—Por las huellas y el cálculo de su peso. El autor real del asesinato fue un nativo, cuyo nombre desconocemos; por eso su rostro no aparece bien en la pantalla. Pero imagino que debe de ser un hombre de confianza de Tinor, como Chu lo es de Sutton. En realidad, es el brazo derecho… y si lo corto, Harry habrá sufrido un duro golpe —contestó Harvey.

—Suponiendo que Tinor acepte esa prueba —dijo ella, aprensiva.

—¿No hemos quedado que se trata de un hombre amante de la justicia? —sonrió el terrestre.

* * *

La aldea que gobernaba Tinor podía calificarse casi de ciudad, a juzgar por el número de construcciones. El trazado de sus calles era muy regular y había gran amplitud entre los edificios, de una sola planta, por lo general.

Había abundancia de arbolado y el pavimento estaba limpio. Pero la situación de la capital de la Zona Sur era, a juicio de Harvey, inferior a la de la Zona Oeste, que era a la que pertenecía Julia.

Los terrenos de la Zona Oeste eran más fértiles. Tal vez era ésta la causa de las ambiciones de Tinor, se dijo Harvey, mientras avanzaba con un par de amigos a lo largo de la calle principal. Pero tampoco constituía motivo suficiente, habiendo tierras de sobra en las regiones sólidas del planeta.

No, las tierras no eran la causa de la ambición de Tinor, pensó. Había algo más, un motivo mucho más profundo. ¿Ansia de poder? ¿Deseos de convertirse en el jefe supremo de un planeta?

Pero, aun así, ¿era motivo suficiente? La población de Edenia era más bien escasa, unos pocos millones de habitantes, repartidos en una vasta extensión de terreno y con una civilización más bien primitiva. El subsuelo, sin embargo, debía de encerrar riquezas incalculables y ahí era donde tal vez radicaba la causa de las acciones de Tinor.

—El cual, pobre idiota, no se da cuenta de que le está haciendo el juego a un tipo tan astuto y despiadado como Harry «El Sucio» —se dijo para sí.

De pronto, al llegar a un espacio despejado, que era como una gran plaza, vieron un edificio singular en uno de sus lados.

La construcción, aunque los materiales fuesen nativos, era típicamente terrestre. También era terrestre el rótulo que campeaba en el frontis.

—«Taberna de Sally» —leyó Malone, asombrado.

—Pero ¿había tabernas en Edenia? —exclamó Callahan, no menos atónito que su compañero.

—Al parecer, esa distinguida muestra de la civilización terrestre ha llegado ya a este planeta —contestó Harvey.

—Hombre, me gustaría conocer a esa Sally y verle la cara —dijo Malone.

—¿Tendrá buena cerveza? —suspiró el gigante.

—Vamos a ver —dijo Harvey, sonriendo.

Debido a la excelente temperatura, las puertas y ventanas del local estaban abiertas de par en par. En aquellos momentos no había más que un hombre y una mujer al otro lado de la barra.

La mujer volvió la cabeza un instante y escapó en seguida. Fue una visión que duró un segundo escaso, Pero Harvey pudo ver que ella tenía la cara enteramente cubierta por una especie de máscara de cuero.

Una sospecha nació en su mente, pero se abstuvo de mencionar nada. Avanzó hacia el mostrador y se acodó en él, mientras contemplaba a Sutton con la sonrisa en los labios.

—No sabía que te hubieses metido a tabernero, Harry —dijo—. ¿Puedes servirnos tres cervezas?

—Claro, yo estoy siempre a disposición de los clientes —contestó el falso tuerto—. ¿De negocios por Edenia? —preguntó en tono intrascendente.

—Los mismos que tú, sólo que en sentido inverso, Harry.

Sutton lanzó una risita irónica. Descorchó tres botellas y las puso delante de sus clientes. Como vasos se utilizaban unas cáscaras vacías de una fruta semejante al coco terrestre.

Harvey alzó su vaso.

—Salud, Harry —brindó.

La cerveza estaba buena y fría. Después de un largo trago, Harvey dijo:

—Harry, que yo sepa es la primera taberna que se instala en Edenia.

Sutton se encogió de hombros.

—Tinor me concedió el permiso…

—¿A ti o a Sally?

—Es lo mismo. Sally es sólo una empleada, Dan.

—Sí, claro, la belleza es necesaria en un negocio como éste, porque supongo que no te habrás traído a una mujer a la que no se puede mirar a la cara.

Las facciones de Sutton se crisparon un segundo.

—Es muy guapa, pero ahora está ocupada —contestó secamente.

—Bien, ya la veremos en otra ocasión. ¿Qué se te debe, Harry?

—Nada, la casa invita por ser la primera vez, Dan.

En aquel momento, entró un nativo y pidió una copa. Sutton se la sirvió. Después, dijo:

—Alarga la mano izquierda, Reahnor.

El edenita obedeció. Sutton sacó un sello y lo estampó en el dorso de la mano nativa.

—Una de las condiciones impuestas por Tinor es que sólo se sirva una copa por día y persona —explicó.

—Sana medida —aprobó Harvey—. De este modo, se evitan las borracheras y las pendencias.

—Exactamente.

Reahnor despachó su copa de un trago. Fue a sacar algo del bolsillo, pero Sutton se lo impidió con un gesto.

—Otro día me pagarás —dijo, benevolente—. Hoy estoy celebrando el encuentro con estos buenos amigos.

—Gracias —se despidió el nativo.

Harvey y sus amigos salieron momentos después.

—La generosidad de Sutton con Reahnor no ha sido auténtica —dijo Harvey, al hallarse fuera del local.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Malone.

—Reahnor iba a pagarle y no con moneda, puesto que aquí no se usa. Sutton ha preferido perder el importe de una copa, antes de permitir que nos enterásemos lo que recibe de los nativos a cambio de su alcohol.

—Evidentemente, es un tipo astuto —calificó Callaban—. Pero, si mal no recuerdo, hemos venido a ver a Tinor, Dan.

—Sí, es cierto —confirmó Harvey—. Sigamos, muchachos.

CAPÍTULO VII

La cortina de fibra que había tras el mostrador cubría una puerta. Una mujer apartó la cortina y apareció en el local.

—Ya puedes respirar tranquila, Dina —sonrió Sutton.

—¿Se han ido ya? —preguntó la mujer.

—Sí, no hay peligro para ti.

—Me pregunto a qué diablos habrán venido a la Zona Sur, Harry.

Sutton se encogió de hombros.

—Andan husmeando —contestó—. No conseguirá» cada, preciosa.

— ¡No me digas eso! —gritó ella, furiosa.

Sutton se volvió y la miró sonriendo.

—Dentro de nada, volverás a estar tan guapa como antes, Dina —aseguró.

La mano de la mujer se paseó por la máscara de cuero que cubría su rostro por completo, dejando únicamente libres los ojos, la nariz y la boca.

—Odio a Harvey —dijo, en tono bajo y concentrado—. Él tiene la culpa…

—Por lo que yo sé, fue un accidente; no lo hizo intencionalmente.

—Pero intervino en aquella pelea y un cuchillo salió rebotado y me rajó todo un lado de la cara. ¿Lo entiendes ahora?

—Bueno, bueno, no te excites. ¿Creo que ya no te queda mucho tiempo de llevar la máscara, ¿no es así?

—Una semana, tal vez menos, Harry.

—¿Lo ves? —Sutton rió estruendosamente—. No hay mal que cien años dure… y, créeme, los edonitas meridionales están cada día más intrigados, esperando el momento de verte la cara. Lo cual, como tú misma sabes. Será fuente de ingresos más sustanciosos.

Un edonita entró en aquel momento y pidió una copa. Dina se la sirvió y cobró su importe.

Cuando el nativo hubo salido, Dina contempló al trasluz la

piedrecita de vivos fulgores que sostenía con el índice y el pulgar.

—Harry, en tu opinión, ¿cuánto crees que valdría en la Tierra? —consultó.

Sutton se encogió de hombros.

—Quizá cuatro o cinco mil —contestó.

Los labios de Dina se distendieron en una amplia sonrisa.

—No está mal; cuatro mil por algo que, en el mejor de los casos, sólo vale unos centavos —dijo, satisfecha.

Un hombre entró en aquel momento.

—Sutton, el jefe Tinor quiere verte inmediatamente —anunció —. A ti y a uno de tus hombres, llamado Chu-Too.

El barbudo hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Qué diablos quiere Tinor? —preguntó.

—No lo sé —respondió el mensajero—. Sólo me ha dicho que te comunique que su llamada debe ser obedecida sin demora.

—Está bien, iré ahora mismo. —Sutton se volvió hacia la mujer, aplicándole el nombre que había dado título al local—: Continúa atendiendo a la clientela, Sally.

—Sí, Harry —contestó Dina Cooper.

* * *

Tinor estaba sentado en una especie de salón del trono, rodeado de algunos de sus hombres más adictos. Era un sujeto de mirada astuta y codiciosa, quien no acababa de creer en las palabras de su visitante.

—Los terrestres tenéis muchas máquinas maravillosas, pero no he oído hablar de ninguna como la que dices tener, Dan Harvey — habló casi despreciativamente.

—Espero demostrártelo muy pronto, pero antes necesito que llames a tu presencia a Harry Sutton y a uno de sus hombres, llamado Chu-Too. Ellos deben estar presentes, cuando tú demuestres ante todo el mundo que, por encima de cualquier otra consideración, sólo te interesa hacer justicia —contestó Harvey serenamente.

Tinor conocía ya los motivos de la presencia del terrestre y sus acompañantes, y también conocía la muerte de Zazed. No la había ordenado explícitamente, pero tampoco la había desaprobado,

cuando Sutton le manifestó sus intenciones.

Algunos de los edonitas meridionales que le rodeaban eran incondicionales suyos, Hasthod sobre todos, pero había también algunos neutrales. El terrestre le había puesto en una situación difícil y era preciso salir de ella de la forma más airosa posible.

—Muy bien, haré que los llamen —accedió a la petición de Harvey.

Mientras llegaban Sutton y el oriental, Malone y Callahan preparaban el proyector y la pantalla. Malone, que era un genio, le había añadido algunos adminículos, que en realidad no servían para nada, sino para darle un aspecto extremadamente futurista, como de último invento de un aparato de propiedades fantásticas.

Sutton y Chu-L Chu-Too llegaron a poco. El primero dijo:

—Nos has llamado, Tinor. Aquí estamos, siempre a tu disposición.

—Harry, Dan Harvey acusa a uno de tus hombres de haber cometido un asesinato —manifestó Tinor—. También dice que en ese crimen tomó parte un edonita.

—Una acusación absurda —calificó Sutton de inmediato—. Lo que sucede es que Harvey es un tipo corroído por la envidia…

—Lo que sucede es que tengo las pruebas gráficas de ese crimen —le interrumpió Harvey fríamente—. Por si no lo sabías, te diré que he empleado una cámara rastreadora espaciotemporal. De este modo, pude impresionar las imágenes de algo que había ocurrido casi veinticuatro horas antes. Naturalmente, conociendo de antemano el lugar de los hechos. —La mano de Harvey palmeó el proyector—. Y aquí está el resultado de mi operación. ¿Quieres verlo, Harry?

Sutton pareció desconcertado. Chu-Too, en cambio, estaba lívido.

Junto a Tinor, un hombre temblaba de pies a cabeza. De pronto, Sutton lanzó una imprecación:

— ¡Todo eso es mentira! No existe tal cámara…

Harvey se volvió hacia el jefe de la tribu.

—Tinor, ¿puedo dar comienzo a la proyección? —consultó.

El edonita hizo un gesto de asentimiento.

—Cuando gustes —accedió—. Yo también siento deseos de que se haga justicia en este caso.

Bajaron las persianas de fibra y el salón quedó en la penumbra. Instantes más tarde, todos los presentes veían reproducida la escena del crimen.

Tinor estaba atónito, no menos que Sutton. A pesar de la borrosidad de las imágenes, la identificación del oriental resultaba fácil.

Minutos después, se levantaron nuevamente las persianas.

Harvey dijo:

—Tinor, uno de los criminales está frente a ti, junto a Sutton. Él puede decirte quién fue su cómplice, en realidad, el autor del flechazo mortal.

* * *

De repente, Chu-Too dio media vuelta e intentó escapar.

Callahan estaba ya advertido y cayó sobre él, agarrándole por el cuello. Sutton no se atrevió a intervenir.

—Tinor, te juro que yo no sabía nada —mintió descaradamente.

La mano de Callahan presionó con fuerza en el cuello del oriental.

—Di el nombre de tu cómplice —exigió.

Junto a Tinor, un edonita empezó a moverse. Sutton sacó una pistola térmica y lo abrasó de un disparo.

—Intentaba escapar —dijo.

Tinor miró a Chu-Too con fingida severidad.

—¿Era ése el hombre que mató a Kazed? —preguntó.

El oriental, lívido de terror, asintió. Tinor se volvió hacia Harvey.

—Me has pedido justicia y no puedo negártela —dijo—. En nuestro planeta, el que mata deliberadamente a otro, sufre una pena análoga.

Chu-Todo lanzó un chillido de terror. Tinor hizo un gesto con la mano y cuatro fornidos edonitas, pertenecientes a la guardia, cayeron sobre él.

—¿Tinor? —consultó uno de los guardias.

—Ya conocéis la ley —respondió el jefe, impasible.

El edonita sacó un afilado cuchillo. Harvey volvió la vista a un lado. Era un procedimiento demasiado bárbaro de dar muerte a un

hombre.

La sentencia se cumplió en el propio salón. El ejecutor golpeó rápida y diestramente con su cuchillo, clavándolo hasta el mango en el pecho del oriental.

Harvey miró a Sutton. El barbudo tenía el rostro ceniciento.

Tinor habló:

—Harry, di a tus hombres que se porten moderadamente o tendré que proponer vuestra expulsión al Consejo Superior.

—Así lo haré —contestó Sutton—, y cuenta que, desde ahora, no te daremos más motivos de queja.

—Harvey, ¿tienes algo más que pedirme? —preguntó Tinor.

—Gracias, ya has hecho justicia; era eso solamente lo que quería.

—Es curioso —murmuró Tinor, acariciándose la mandíbula—. ¿Desde cuándo te has erigido tú en defensor de los occidentales?

—Alguien contrató mis servicios —respondió Harvey evasivamente—. Es lícito, creo. Tú mismo tienes a Sutton como empleado, ¿no es así?

Tinor hizo un gesto de aquiescencia. Callahan y Malone habían recogido ya los aparatos y se disponían a salir.

—Pero te aconsejo que no te fíes de Sutton —agregó Harvey—. De los tipos que fingen lo que no son, es preciso desconfiar siempre.

Ya se marchaba y, al pasar junto a Sutton, con un rápido tirón le arrancó el parche que cubría un ojo fingidamente ausente. Sutton lanzó un grito de rabia al verse descubierto.

Tinor se levantó, como dando a entender que la audiencia había terminado. Se acercó a Sutton y le miró con hostilidad.

—Ese truco no me ha gustado nada —declaró. Pero en voz muy baja, añadió—: Ven a verme a la noche, idiota.

* * *

—Todo fue un truco —explicó Harvey—. La ayuda de Orner, por supuesto, resultó preciosa. Él nos permitió reconstruir los hechos casi con absoluta fidelidad.

—Sí —convino Julia—, pero los personajes de la ficción…

Harvey sonrió.

—Uno de mis hombres es maestro en disfraces —contestó—. Él

fue quien realizó las caracterizaciones de Chu-Too, de Griar, el flechero, y de Kazed, la víctima. La película, deliberadamente borrosa, hizo el resto.

—Porque los asesinos no tenían la conciencia tranquila.

—Exactamente. Y ellos, por supuesto, no podían saber que la cámara rastreadora espaciotemporal era sólo fruto de mi imaginación. Griar temió ser delatado por Choo Chu-Too y trató de sacar un arma.

—Y Sutton lo mató.

—Sí, para evitar que hablase en público. Naturalmente, Tinor no estaba en la ignorancia de lo sucedido, pero ¿cómo probarlo?

Julia movió la cabeza pesarosamente.

—Sin embargo, presiento que Tinor no desistirá de sus proyectos —dijo.

—Quizá haya alguna forma de evitarlo —apuntó Harvey.

—¿Cómo? Yo no encuentro ninguna solución…

—¿Qué me dice de una reunión del Consejo Superior? Podrían acordar la destitución de Tinor, ¿no le parece?

—Sí, pero, ¿quién hace la convocatoria, Dan?

—Usted, naturalmente.

—Lo siento —rechazó ella la idea—. Yo no puedo, soy una simple ciudadana edonita. Tiene que hacerlo alguien con autoridad… y uno de los que hubieran sido escuchados habría sido Kazed.

—Bien, pero, en caso de fallecimiento, ¿no hay consejeros suplentes?

—Por supuesto, Dan.

—Usted los conoce. Hable con ellos, explíqueles la situación. Tengo entendido que el Consejo Superior puede expulsar a uno de sus miembros si su conducta es deshonesta o criminal, ¿no es así?

—Cierto —admitió la muchacha.

—Si Tinor es expulsado del Consejo, perderá mucha de su influencia. Otro tendrá que ocupar su puesto y se tentará mucho la ropa antes de seguir los pasos de su predecesor.

Julia suspiró.

—Usted lo ve todo muy fácil, Dan —dijo—. Las cosas, en la realidad, son mucho más difíciles.

—Por ahora, es la única solución que se me ocurre. Oiga,

además, usted puede hacer que el nuevo consejero pida que se prohíba la venta de alcohol terrestre en territorio edonita.

—No, Dan; es un asunto interno de los meridionales. La autoridad del Consejo Superior tiene también sus limitaciones. Además, pedir la expulsión de Tinor sin pruebas podría resultar contraproducente.

—En tal caso, no me va a quedar otro remedio que buscar esas pruebas, porque mientras Tinor continúe con sus ambiciosos proyectos, no habrá paz en Edenia —dijo Harvey en tono tajante.

CAPÍTULO VIII

Harry Sutton estudió críticamente el rostro del hombre que tenía ante sí. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Dave, tú ocuparás el puesto de Chu-Too. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, jefe —contestó Dave Mortimer.

—Toma ejemplo de ese imbécil y no caigas en una trampa de la que no puedas salir. ¿Entendido?

—Harry, ¿de veras crees que fue una trampa? —preguntó Dina;, presente en el lugar donde tenía lugar la conversación.

—Si no es una trampa, se le parece mucho —rezongó Sutton, al que todavía seguía escociéndole el fracaso sufrido—. Anoche estuve hablando a solas con Tinor. Me puso verde.

—Déjalo, no hagas caso de lo que te diga —aconsejó Dina—. Tú procura que logre sus deseos: después, ya nos encargaremos de eliminarle.

Mortimer hizo una pregunta:

—Jefe, ¿es cierto que Harvey tiene una cámara rastreadora espaciotemporal?

—Si no es verdad, no estoy en situación de demostrarlo —masculló Sutton—. Pero las imágenes que vimos…

—¿No podía tratarse de un truco? Es decir una reproducción de lo que sucedió, con los personajes debidamente caracterizados.

Los ojos de Sutton se abrieron desmesuradamente.

— ¡Rayos! —juró—. Dave, ¿sabes que es posible que tengas razón?

—Aunque así sea, ya no se puede hacer nada —intervino la mujer—. Harvey os ganó la partida, con facilidad y brillantez.

—En todo caso, ganó una mano, pero no toda la partida —refunfuñó Sutton—. Y todavía me quedan muchos naipes por jugar.

—Harry, desengáñate, mientras Harvey esté en Edenia, tú no harás nada bueno. Tienes que deshacerte de él, al precio que sea. Y de su banda también, naturalmente.

Sutton dirigió una mirada a su subordinado. Ahora, descubierta

su superchería, ya no llevaba el parche sobre el ojo izquierdo.

—Dave, opina —pidió.

—Ella tiene razón, jefe —respondió Mortimer.

Sutton se acarició la mandíbula.

—Tendríamos que prepararles una buena trampa —murmuró.

Dina estaba arreglándose las uñas con una lima. Con aire displicente, dijo:

—Harvey haría cualquier cosa por salvar a alguno de sus amigos que se encontrase en un grave apuro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el barbudo.

—Muy sencillo; trata de capturar a alguno de los hombres de Harvey y sitúalo de modo que haga el papel de la cabra en las antiguas cacerías de tigres. ¿No conoces ese sistema?

—Sí, una cabra atada al pie de un árbol y el cazador arriba, seguro en su plataforma y con el rifle a punto. Los balidos de la cabra atraen al tigre y…

—Justamente eso es lo que tienes que hacer —dijo Dina—. Harvey es el tigre, uno de sus amigos, la cabra, y tú, el cazador.

—Y si prepara bien la trampa, ni siquiera necesitará el árbol, la plataforma y el rifle —terció Mortimer—. Harvey se meterá de bruces en ella y dejará de constituir una preocupación para nosotros.

Sutton sonrió torvamente.

—En tal caso, ¿por qué no empezamos a pensar cuál es la trampa más conveniente? —exclamó.

* * *

—Mouno, ¿tú conoces a algún miembro de la tribu de Tinor? —preguntó Harvey—. Me refiero, naturalmente, a los que viven en la capital de la Zona.

—Sí, conozco a algunos de ellos, pero no sé cómo reaccionarán —contestó el nativo.

—Bien, dime un nombre. Me gustaría hablar con alguien con un mínimo de sentido común.

Mouno reflexionó unos instantes y al fin dijo:

—Kvull, es el que creo más sensato de todos los que conozco.

Harvey repitió el nombre a media voz. Luego inquirió más

detalles del nativo, acerca de la forma mejor para encontrar al hombre deseado, detalles que Kvull le facilitó de muy buena gana.

Minutos más tarde, Harvey, provisto de su propulsor individual, partía hacia su objetivo. Volaba a ras de las copas de los árboles, evitando ganar una altura excesiva que le hiciera ser visible desde el suelo.

La distancia a recorrer era de unos ciento veinte kilómetros. Una hora más tarde, Harvey perdió velocidad y altura y tocó tierra a cosa de quinientos metros del poblado indígena.

El propulsor quedó escondido entre unos arbustos Harvey cubrió a pie el resto de la distancia, pero, aun así, aguardó escondido, hasta que las sombras de la noche empezaron a extenderse por todas partes.

Entonces, dando un rodeo, buscó la cabaña de Kvull. Diez minutos más tarde, llamaba a la puerta.

Una hermosa nativa acudió a abrirle.

—Soy Harvey, de la Tierra —dijo el joven—. Deseo hablar con Kvull.

—Está en la taberna, no sé cuando vendrá —contestó ella.

A Harvey le pareció ver una expresión de pena en los hermosos ojos de la joven.

—Tengo la sensación de que no te gusta lo que hace Kvull —dijo —. ¿Es tu marido?

—Sí. Yo soy Adla… y me siento muy disgustada por su afición a esas bebidas que enloquecen a los hombres y que ha traído el hombre que era un falso tuerto.

—Comprendo. Oye, Adla, yo he venido a ayudaros. Harry, el falso tuerto, como tú dices, no busca sino su propio provecho, bajo la capa de conseguiros ciertas mejoras digamos sociales o políticas. Hay muchos que se dan cuenta de sus intenciones, Kazed era uno de ellos, pero Harry lo hizo asesinar, seguramente con la complicidad de Tinor.

—He oído lo que sucedió en la residencia de Tinor. Los culpables fueron castigados.

—No le quedaba otro remedio que hacerlo —sonrió Harvey—. Me gustaría conocer la opinión de tu marido al respecto…

—¿Por qué no me lo pregunta a mí personalmente?

Harvey se volvió. Delante de él había un hombre, alto y robusto,

en cuyos ojos se captaba un brillo especial.

—Tú eres Kvull —dijo el terrestre.

—Sí, yo soy Kvull.

—Deseo hablar contigo…

La mano de Kvull se tendió, señalando una dirección determinada.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —contestó—. ¡Vete!

—Escucha —rogó Harvey—. Un amigo tuyo, Mouno…

—Mouno no es amigo mío, como no lo es nadie que no pertenezca a mi tribu —contestó el nativo despreciativamente.

Harvey se dio cuenta de que la tentativa abocaba al fracaso. Pero la culpa no era tan sólo de Kvull.

—¿Cuántas copas has bebido, Kvull? —preguntó.

—Tres. Ahora tenemos permiso para tres copas —contestó el nativo, a la vez que sacaba el pecho orgullosamente.

Para un hombre no acostumbrado al alcohol, tres copas significaban la borrachera, se dijo Harvey.

—Sutton os arruinará —murmuró.

—Es nuestro amigo. Él sólo quiere nuestro bien.

— ¡Estúpido; —Harvey no pudo contenerse—. Colaborando con ese hombre, caváis vuestra propia tumba…

Kvull lanzó un grito de cólera.

— ¡No hables así de mi amigo! —gritó.

Y, de súbito, inesperadamente, se arrojó contra Harvey.

Para el terrestre resultó fácil rechazar el ataque. Paró el primer golpe con el brazo izquierdo y luego disparó el puño derecho.

Kvull cayó en el acto. Algo se escapó de su mano izquierda y rodó por el suelo.

Eran dos piedrecitas muy brillantes, de casi un centímetro de grosor. Harvey se inclinó y las recogió con sumo cuidado.

Luego se volvió hacia Adla.

—Siento lo ocurrido —se disculpó.

La bella nativa tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Todas las noches pasa lo mismo —contestó—. Después de ingerir esa bebida infernal, vuelve a casa como loco.

—¿Y paga a Sutton con estas piedras? —adivinó Harvey.

—Sí, cada copa le cuesta una piedra.

El terrestre lanzó un silbido. Luego, echándose los diamantes al

bolsillo, se inclinó y cargó con el cuerpo de Kvull, metiéndolo en la casa.

—Cuando empiece a volver en sí, refréscale con un poco de agua —aconsejó.

Y ya estaba a punto de salir, cuando, de pronto, le pareció que no había dicho todo.

—Pero eso será poco, Adla. Busca un buen garrote y rómpele las costillas. Puede que así cambie de conducta —se despidió.

* * *

Los diamantes rodaron sobre la mesa. Pedro Lorán emitió un gruñido de admiración al verlos. Dubois tomó uno y lo examinó críticamente.

—Siete mil, en su actual estado —evaluó—. Debidamente tallado, el doble, por lo menos.

—¿Dónde has encontrado estos diamantes, Dan?

— quiso saber Malone.

—Es la moneda que se admite en la *Sally's Tavern*. La única moneda por cierto.

—Bueno, con una de esas piedras casi se podría comprar el local…

—Con una de esas piedras sólo se puede pagar una copa.

La declaración de Harvey provocó una sensación general de asombro en todos los presentes.

— ¡Cielos! —exclamó Callahan.

— ¡Por las barbas del Profeta! —juró Zoltan—. Ese condenado Harry se va a hacer archimillonario.

—Los mercados de diamantes se van a derrumbar

— profetizó Dubois.

—Quizá no los lance todos a la vez, para no provocar una baja general, no es tan tonto como para cometer un error semejante —opinó Harvey—. Pero si de una botella se pueden sacar, holgadamente, diez copas, es fácil imaginarse la cantidad de diamantes que pueden conseguirse con un centenar de cajas de botellas.

—A doce botellas por caja… Pero se habrá traído más de cien cajas, seguro, o yo no conozco a ese pirata de Sutton —dijo Lorán.

—El punto interesante estriba ahora no en saber cómo conoció Harry la existencia de los diamantes, sino el lugar dónde está el yacimiento. Al parecer, cualquiera de los meridionales puede obtenerlos sin más trabajo que agacharse —manifestó Callahan.

—Bien, pero aunque así fuese, ¿qué conseguiríamos con ello? No podríamos evitar la afluencia de nativos al yacimiento…

—A mí se me ha ocurrido una idea —dijo el gigante del grupo; pero no pudo continuar hablando, porque Julia entró en aquel momento.

—Traigo malas noticias —declaró la muchacha sin rodeos.

Los terrestres se levantaron cortésmente. Lorán le ofreció una silla y Julia se sentó.

—Adelante, muchacha —invitó Harvey.

—He hablado con los notables de las tribus Norte y Este —dijo ella—. He perdido el tiempo.

—Lo cual significa que sólo la tribu Oeste estaría dispuesta a solicitar la destitución de Tinor —adivinó Harvey.

—Exactamente. Pero eso no es todo. Se van a instalar otras dos tabernas en las capitales del Norte y del Este.

— ¡Ese condenado Harry se ha debido traer todas las existencias de licor de la Tierra! —exclamó Zoltan, pasmado.

—Y no consigo explicarme qué beneficios puede sacar Harry de vendernos alcohol —dijo Julia.

—Dos clases de beneficios —sonrió Harvey—. Diamantes, en primer lugar —enseñó los que había en la mesa—. Luego, con el alcohol, hará innumerables amigos. Y un día, no sólo los diamantes, sino todo Edenia será suyo.

Julia contempló las gemas que había sobre la mesa.

—¿Dé dónde las ha sacado, Dan? —preguntó.

—Mouno me recomendó a un amigo, que luego resultó no serlo. El amigo de Mouno y yo acabamos peleándonos. Lo dejé sin sentido y entonces se le cayeron dos diamantes que llevaba en la mano. Cada diamante es el precio de una copa, Julia.

Ella contuvo el aliento.

—Según el módulo terrestre, son bellísimos —calificó.

—Pero usted, sin duda, debe conocer el lugar dónde está el yacimiento.

—No, lo siento. Todo esto es nuevo para mí y, honradamente,

creo que también para los occidentales. De otro modo, ya lo sabría.

—Debe ser un yacimiento que hay en el Sur, recién descubierto —opinó Lorán.

—Si pudiéramos saber dónde está, yo me encargaría de dejar a ese ladrón de Harry sin beneficios.

Harvey miró a Dubois, que era quien acababa de hablar.

—¿Cómo, Jean? —quiso saber.

—Podría construir un alterador molecular, Dan. Te aseguro que, por lo menos, Harry habría perdido el dinero que se gastó en licor —contestó Dubois rotundamente.

* * *

Mouno entró precipitadamente en la cabaña, donde Dubois, contemplado atentamente por Harvey, daba los últimos toques a un extraño instrumento, y exclamó:

— ¡Ya he averiguado dónde está el yacimiento de diamantes!

—Buena noticia —dijo Harvey, sonriendo.

Julia entró casi en el acto.

—Las cosas mejoran —anunció el joven.

—Mouno ha encontrado el yacimiento de diamantes —supuso ella.

—Sí —confirmó el aludido—. No hay duda alguna. Me ha costado, pero al fin lo logré.

Harvey sacó de su bolsillo el transmisor de radio.

—Habla Dan —dijo—. Chicos, ya podéis volver a casita. El asunto está resuelto.

Provistos de sus propulsores individuales, los demás miembros del grupo volaban desde hacía días en todas direcciones, tratando de averiguar el lugar donde los nativos de la Zona Sur se proveían de diamantes. Harvey recibió las respuestas y guardó el transmisor.

—¿Cómo va ese trasto, Jean? —preguntó.

—Estoy terminándolo. Dentro de una hora o así, podremos hacer una prueba con los dos diamantes que trajiste —contestó Dubois.

—¿Qué alcance tendrá?

—Entre ochenta y cien metros. Sus radiaciones partirán en forma de cono, cuya base tendrá unos cinco metros de diámetro a cien de distancia. Pero dentro de los ochenta metros, su acción

estará definitivamente garantizada.

—Muy bien, mañana mismo empezaremos a trabajar…

—Dan, me gustaría ir con usted —dijo la muchacha.

—Tendré que enseñarla el manejo de un propulsor individual —dijo.

CAPÍTULO IX

Harvey y Julia se elevaron entre dos luces, ignorantes de que unos ojos extraños espiaban sus movimientos. Apenas se hubieron perdido en la penumbra del amanecer, Mortimer hizo un gesto con la mano:

—Bueno, muchachos, adelante. Ya saben todos lo que es preciso hacer: no quiero sangre, si no es absolutamente necesario. ¿Entendido?

Se oyeron varios gruñidos de asentimiento. Luego, un nutrido pelotón de forajidos avanzó hacia la cabaña.

Mientras, Harvey y la muchacha se desplazaban a gran velocidad hacia la capital de la Zona Sur. Antes de una hora, se encontraban ya sobre sus tejados.

Apenas si se veía gente por la calle. A Harvey se le ocurrió repentinamente una idea.

Pendiente del cuello llevaba el aparato que le había construido Dubois. Refrenó la marcha y se situó sobre la vertical de la *Sally's Tavern*.

El aparato consistía en una especie de anteojo cilíndrico, de unos treinta centímetros de largo por cinco de diámetro, unido a la caja generadora por un tubo flexible. El tubo disponía de un sencillo visor cuadrado, con una retícula en el centro.

Suspendiéndose verticalmente en el aire, Harvey enfiló el aparato hacia la taberna. Presionó el interruptor de acción y movió el tubo en sentido circular durante algunos minutos, a unos veinte metros de altura.

Julia contemplaba atentamente la operación. Al terminar, Harvey dio gas y reanudaron la marcha.

—¿No habrá peligro para los seres humanos? —preguntó ella, aprensiva.

—No, la alteración se refleja sólo en las moléculas de cuerpos inorgánicos —contestó él—. Por supuesto, el diamante es carbono en estado de pureza, y el organismo humano contiene carbono; pero las moléculas de éste se encuentran en contacto con otras moléculas

orgánicas, cosa que no sucede en el diamante. Por tanto, el cuerpo humano no sufre la menor alteración en su composición química.

Julia, hizo un gesto de asentimiento. Siguieron volando y, media hora más tarde, empezaron a refrenar la marcha nuevamente.

Había gran abundancia de arbolado, tanta, que incluso ocultaba el suelo en la mayoría de los lugares. No obstante, se podía distinguir una viva corriente de agua, que saltaba de roca en roca.

Harvey y la muchacha eligieron un árbol de gran tamaño y se guarecieron en su copa, a unos treinta metros de altura. El arroyo estaba a poca distancia.

Había numerosos nativos metidos en el agua, algunos hasta la cintura. Todos ellos iban provistos de una pequeña pala, con la que sacaban los guijarros que luego arrojaban en una pequeña red de forma cónica.

Una vez llena la red, que podía contener, en opinión de Harvey, unos veinte decímetros cúbicos de piedras, el buscador se retiraba fuera y extendía su botín sobre una plataforma de madera, con unos pequeños bordes en sus lados. Harvey pudo ver así la forma en que los nativos conseguían sus diamantes.

Los resultados eran irregulares, pero cada captura producía de seis a diez diamantes, cuyos tamaños oscilaban entre el que era como una cabeza de alfiler y el que tenía varios centímetros cúbicos de volumen. Los diamantes así conseguidos iban a parar a una bolsita que cada buscador llevaba pendiente de la cintura.

—Bueno —murmuró Harvey—, creo que ya es hora de empezar a actuar.

El alterador de moléculas entró en funcionamiento. Alguien lanzó un grito de asombro a los pocos instantes.

Las aguas empezaron a teñirse de negro en algunos lugares. Un buscador de diamantes sacaba ya su red, repleta de piedras, y, de repente, vio aparecer en ella varios grumos de color negro.

Los grumos se deshacían en poco al tocarlos con los dedos. Un par de nativos, asombrados por el extraño fenómeno, abrieron las bolsas donde guardaban el fruto de su trabajo.

¡Las bolsas sólo contenían polvo negro!

—¿Es que ese aparato sólo altera las moléculas del diamante? —preguntó Julia con un susurro.

—Está ajustado a la frecuencia molecular del carbono, pero en

más de un guijarro habrá también carbono y eso se refleja en las manchas negras que aparecen en el agua —explicó el terrestre.

Minutos más tarde, cientos de nativos emprendían el regreso a la carrera hacia su aldea. En el arroyo no quedaba ya un solo diamante.

Harvey juzgó oportuno regresar también.

—Vámonos, Julia; ya hemos terminado nuestra tarea —dijo.

* * *

Dave Mortimer entró en la taberna y se dirigió en el acto a las habitaciones que ocupaban Sutton y Dina.

Llamó a la puerta. Sutton, desperezándose todavía, abrió.

—¿Dave? —dijo, al reconocer a su subordinado.

—Todo listo —informó Mortimer sonriendo.

—¿Ha salido bien?

—A la perfección. Ni tiempo tuvieron de reaccionar; los atrapamos como pajarillos dormidos en el nido.

—Estupendo, Dave. ¿Has dejado el mensaje?

—Sí, por supuesto. Harvey no estaba; le vimos salir volando con la chica no sé adónde. Encontrará el mensaje a su regreso.

—¿Aguantarán los otros?

—Indudablemente. Los cálculos han sido hechos al miligramo. No hay cuidado, jefe.

—Está bien, luego me darás más detalles.

—Sí, jefe.

Sutton cerró y se volvió hacia Dina, que se sentaba en aquel momento en la cama.

—¿Has oído, preciosa? —dijo sonriendo.

Ella se quitaba la máscara cuando estaba a solas con Sutton. Estiró los brazos voluptuosamente y luego dijo:

—Eso está bien, pero me gustaría que hubiese sido Harvey en lugar de los otros, Harry.

—Harvey no es nada sin sus amigos. Y yo quiero hacerle que sienta la derrota, aun antes de que se produzca.

Dina hizo un gesto de indiferencia.

—Con tal de que acabes quitándolo de en medio… Pero sigo opinando que mi plan es el mejor —alegó.

—Cariño, tu plan está aprobado, lo que pasa es que todavía no puedes ponerlo en práctica.

Ella se tocó el lado izquierdo de la cara. Un fulgor de cólera brilló en sus ojos.

—Tienes razón, Harry —convino—. Sólo cuatro o cinco días más y podré vengarme de ese miserable.

—Dina, vas a ser una mujer rica —prometió Sutton—. Además de poderosa, claro está.

—Harry, el poder no me interesa en absoluto. Te lo dejo todo para ti. —Ella saltó de la cama y corrió hacia una mesa, sobre la cual se divisaba un saquete de mediano tamaño—. Esto es lo que vale, ¿comprendes?

Como si quisiera apoyar sus palabras con hechos, Dina desató el saquito y lo volcó sobre la mesa.

Un grito de asombro se escapó de sus labios en el acto.

Sutton se quedó con la boca abierta.

— ¡Carbón! —exclamó—. ¡Sólo es carbón!

* * *

Harvey y Julia aterrizaron junto a la cabaña donde se alojaban los terrestres durante su estancia en Edenia. El joven ayudó a Julia a quitarse el propulsor individual y luego hizo lo propio.

Luego entraron en el edificio. A Harvey le extrañó de inmediato la ausencia de sus compañeros.

— ¡Qué raro! —murmuró, intrigado.

—Habrán ido a alguna parte…

—Quedamos en que nos reuniríamos aquí —objetó Harvey—. Debían esperar nuestro regreso, eso fue lo convenido.

De repente, Dina lanzó un grito.

— ¡Mira, Dan!

Encima de una mesa había un sobre, en cuyo anverso se veía escrito el nombre del terrestre. Lleno de curiosidad, Harvey abrió el sobre y sacó de su interior dos papeles.

Si quieres salvar a tus amigos, ve al punto señalado en el mapa adjunto. Sigue exactamente las indicaciones del mismo; de lo contrario, ellos morirán.

H. S.

Harvey dejó la carta a un lado y desplegó el mapa. La ruta que debía seguir estaba señalada con un lápiz rojo.

El trazo indicador terminaba en un punto, marcado con un pequeño círculo del mismo color. Julia se estremeció al verlo.

—Son los pantanos de Morbyzhar, Dan —exclamó.

—¿Pantanos? —repitió él.

—Sí, una zona que todo el mundo rehúye en Edenia. Entrar en esos pantanos puede significar la muerte del atrevido.

Harvey se mordió los labios.

—Es indudable que Harry «El Sucio» me ha preparado una trampa —murmuró—. Ahora él espera que yo vaya a salvarlos y…

—¿No irás, Dan? —preguntó Julia, mirándole fijamente a la cara.

Había reproche en la expresión de la joven. Harvey hizo un gesto afirmativo.

—Por supuesto que trataré de salvarlos. Y también de escapar a la trampa que me ha tendido Harry —contestó—. Pero antes de ir a los pantanos, quiero pasar por mi nave. Tengo allí algunas cosas que pueden serme útiles.

—Yo iré contigo. Dan —exclamó ella con vehemencia—. Quizá necesites ayuda…

Harvey sonrió.

—Sé que de nada serviría prohibírtelo, Julia —accedió—. Está bien, los chicos deben de seguir aún con vida, aunque lo estén pasando muy mal. Media hora de retraso no les causará mayores perjuicios y nosotros necesitamos alimentamos. Debemos reponer energías, ¿comprendes?

Ella asintió. Los argumentos de Harvey resultaban irrefutables.

* * *

Las cinco cabezas, separadas por un espacio de metro y medio, aproximadamente, emergían lo justo del agua para poder respirar y hablar. El lugar hedía espantosamente.

Había abundancia de mosquitos y otros insectos. Las aguas de la ciénaga estaban turbias y apenas se movían.

Harvey y Julia sobrevolaron el lugar. Desde unos cinco o seis metros de altura, Harvey dijo:

— ¡Ánimo, muchachos, ya ha llegado la Caballería!

—Cuidado, Dan ;— advirtió Malone—. Este terreno es muy traicionero.

—Lo sé —contestó Harvey, que iba provisto de una larga pértiga —. Pero ¿cómo diablos os mantenéis a flote en lugar de hundiros.

—Estamos envueltos en un gran saco impermeable, que tiene atado abajo un peso —explicó Dubois—. Ese peso está graduado exactamente con el de cada uno de nosotros y también con respecto a la cantidad de aire que se necesita en cada caso. Pero no podemos movernos en absoluto: por dentro, estamos atados como salchichas.

—Yo imagino que, además, estamos anclados —añadió Callahan —. Lo que ocurre es que desconocemos la profundidad del pantano.

—Harry debe de haberlo calculado bien —masculló Harvey, que sobrevolaba lentamente la ciénaga, mientras Julia aguardaba expectante a unos metros de altura.

—¿Funcionó mi aparato, Dan? —preguntó Dubois.

—A la perfección. —Harvey se echó a reír—. Un chisme semejante sería la ruina de los diamantistas de Ámsterdam.

Tanteaba el pantano con la pértiga, buscando un lugar donde hubiera tierra firme. De pronto, notó en gran satisfacción que el suelo no cedía.

—Julia, voy a bajar —anunció—. Quédese donde está.

—Sí, Dan —contestó la muchacha.

Harvey posó sus pies en el suelo. Apenas lo había hecho, sonó una voz que hablaba a través de un altoparlante escondido en la espesura reinancircundante:

—Dan, acabas de cometer exactamente el error que yo esperaba. No, no intentes buscarme; esto es una grabación y, en lugar de destruir el aparato, será mejor que escuches lo que tengo que decirte.

La voz hizo una corta pausa. Luego continuó:

—Tú mismo has disparado el mecanismo que matará a tus amigos. Están sólidamente anclados y un propulsor individual no es suficiente para elevar a dos personas, una de las cuales se encuentra en esas condiciones. Además, el mecanismo hubiera actuado también, de haber intentado el rescate por ese medio.

«Dentro de cinco segundos, el plástico de los sacos que permiten flotar a tus amigos quedará destruido y ellos se hundirán a veinte metros de profundidad. El peso de anclaje es mucho mayor que el otro, el que sirve de contrapeso estabilizador, y tampoco podrías, en el mejor de los casos romper cables de acero que sujetan dichos pesos. Y, Dan, ¿qué serás tú sin tus compinches?

Se oyó una estridente carcajada. Luego, la voz de Sutton se despidió burlonamente de los cinco condenados a muerte:

— ¡Buen viaje al infierno, idiotas!

Harvey lanzó a un lado la ya inútil pértiga. Luego metió la mano en uno de sus bolsillos.

—Abrid la boca, muchachos —dijo—. No se ha perdido nada todavía.

—Empiezo a hundirme ya —exclamó Lorán, con la frente cubierta de sudor.

CAPÍTULO X

Furioso, Sutton pegó un manotazo al montón de polvillo negro que había sobre la mesa y lo esparció por todas partes.

—Me pregunto cómo habrá podido suceder una cosa semejante —masculló.

—A mí me interesaría saber si esos diamantes no eran inestables químicamente —dijo la mujer.

Un enorme griterío se oyó entonces en el exterior. Asombrados, Sutton y Dina miraron a través de la ventana.

Un par de cientos de nativos corrían agitadamente hacia la residencia de Tinor. Sutton sintió una desagradable premonición.

— ¡Jefe! —gritó—. Los nativos se quejan de que todos sus diamantes se han convertido en carbón.

Sutton se puso lívido.

— ¡Imposible! —bramó.

El esbirro se encogió de hombros.

—Salga y escúchelos —dijo fríamente.

Los ojos de Sutton se volvieron hacia la mujer.

—También a ellos —murmuró, consternado.

Dina apretó los labios.

—Me parece que las cosas no se te presentan tan fáciles como habías anunciado —dijo.

Alguien lanzó de pronto un grito en la taberna.

— ¡Harry, el jefe Tinor quiere verte!

Sutton y Mortimer cambiaron una mirada. El segundo musitó:

—Por si acaso, yo no me fiaría de ese tipo. Lleve un arma, jefe.

—Sí, es un buen consejo.

Segundos más tarde, Sutton salía de la casa y se encaminaba hacia la residencia de Tinor. El jefe de la tribu le recibió en una habitación privada y su expresión no era precisamente de afecto.

—¿Conoces ya la noticia? —preguntó Tinor.

—Sí, pero yo no tengo la culpa…

—Mi gente te lo achaca a ti. Dicen que vuestros aparatos, al volar sobre Edenia, han convertido con sus radiaciones el diamante

en carbón.

—Pero eso es absurdo —gruñó Sutton—. El diamante no se altera…

—¿Se han convertido o no en carbón? —cortó Tinor, implacable.

Sudando de pánico, Sutton empezó a pensar en una posible jugarreta de Harvey.

—Escucha, jefe, creo que todo lo que pasa es culpa de ese condenado terrestre que está con los occidentales —dijo—. Yo investigaré y te prometo que…

—Tú dijiste que Harvey no sería obstáculo para ti. Por lo que estoy viendo, sucede todo lo contrario —dijo Tinor en tono cáustico.

Sutton se puso rojo de ira.

—Acabaré con él, te lo aseguro —contestó—. Pero es un tipo muy listo y no será fácil.

—Dijiste que todo sería fácil y que me convertirías en el dueño de Edenia. Por ahora…

— ¡Diablo, Tinor! Las cosas no se pueden hacer tan rápidamente como tú deseas. Hay que dar tiempo al tiempo y… Bien, ten la seguridad de que dentro de muy poco, Harvey dejará de ser un obstáculo para ambos.

—Para ti resultará muy beneficioso, Harry; de este modo, podrás conservar tu pellejo. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Sutton miró un instante al nativo. «Pobre idiota. Yo te convertiré en el jefe del planeta, y luego, antes de que te des cuenta de lo que te ha pasado, te encontrarás barriendo las calles de tu propia aldea.»

—Te entiendo perfectamente —dijo en voz alta—. Pero si yo cumplo mi parte del trato, tú debes cumplir la tuya. Procura convencer a tu gente de que las radiaciones de mi nave no son culpables en absoluto de lo que ha pasado con el carbón. A mí podrían matarme, es cierto; pero tú no conseguirías tu objetivo. Ambos nos necesitamos, así que lo mejor será cooperar, en lugar de combatirnos.

Las palabras de Sutton no dejaban de ser sensatas y Tinor lo entendió así. Hizo un gesto con la mano y lo despidió:

—Está bien, puedes irte; yo me encargaré de tranquilizar a los levantiscos. Pero acaba con Harvey cuanto antes o no responderé de

lo que pueda hacer algún exaltado.

Sutton regresó a la taberna, no sin antes haber recibido una buena dosis de insultos e improperios de los nativos. Mortimer le aguardaba allí, con algunos de sus secuaces.

—Dave, busca a Harvey y liquídalo, como sea —ordenó secamente.

Mortimer no formuló ninguna pregunta. Movió la mano y salió de la taberna, seguido de sus secuaces.

Sutton y Dina quedaron a solas.

—¿Qué te ha dicho Tinor? —preguntó ella.

—Imagínatelo —contestó Sutton.

* * *

Harry Sutton contemplaba melancólicamente los restos del carbón en que se habían convertido sus diamantes, cuando, de pronto. Dina irrumpió en la estancia.

La mujer se había puesto de nuevo la máscara de cuero.

—Harry, ahí viene Harvey —anunció.

Sutton se levantó en el acto. Agarró su pistola térmica y se la colgó de la cintura.

—A poco que pueda, lo dejaré asado —gruñó, mientras cruzaba la estancia en dirección a la salida.

Cuando llegó a la taberna, Harvey estaba apoyado ya en la barra.

—Hola, Harry —saludó el joven—. ¿Cómo te sientes después de haber asesinado a cinco de tus semejantes?

—Esto es una guerra —contestó el otro, ceñudo—. Todos los medios son lícitos.

—Sí, claro… Oye, ¿no me sirves una copa?

—Por supuesto. Yo brindaré por tus cinco amigos y porque hayan tenido un buen viaje al infierno.

Sutton llenó las copas y levantó la suya. Harvey bebió tranquilamente.

—No me gusta que me inviten, al menos, quien no es mi amigo —dijo—, así que pagaré mi copa.

Sacó una bolsita de piel, la abrió y volcó su contenido sobre el mostrador. Dina contemplaba la escena a través de la cortina de

fibra.

En la mano tenía una pistola térmica. Sólo aguardaba la ocasión propicia para hacer fuego.

Sutton torció el gesto al ver el montoncillo de polvillo negro que había caído sobre el mostrador.

—Creo que cobrabas una pizca de carbón por cada copa, ¿no es así? —dijo Harvey burlonamente.

Las mandíbulas de Sutton crujieron.

—Empiezo a pensar que está de más en Edenia, Dan —masculló.

—Tienes una pistola. ¿Por qué no la usas?

De repente, se oyó un ruido extraño al otro lado de la cortina. Sutton, instintivamente, volvió la cabeza.

Con enorme agilidad, Harvey saltó sobre el mostrador. Antes de que Sutton pudiera ponerse a la defensiva, le golpeó con el pie en el mentón.

Sutton lanzó un rugido y cayó de espaldas. Alguien apartó la cortina de fibra.

—Ella te apuntaba con una pistola térmica, Dan —dijo Dubois.

—¿Está muerta? —preguntó Harvey.

—No, sólo le di un golpe en la cabeza.

Harvey saltó al suelo y se acercó a la cortina de fibra, que apartó a un lado. La mujer yacía inconsciente, con el rostro cubierto por el cuero.

—Quítale la máscara, Jean —ordenó Harvey—. Quiero confirmar mis sospechas.

—¿La conoces, Dan? —preguntó Dubois.

—Si mi olfato no me falla, esa mujer no puede ser otra que Dina Cooper, la misma que trató de conseguir que Lorán y Maine se cosieran mutuamente a cuchilladas.

* * *

Los siete hombres estaban apostados en uno de los accesos a la aldea. Todos ellos empuñaban sendas pistolas térmicas.

Una figura humana se hizo visible de pronto a lo lejos, acercándose al lugar con gran rapidez, merced a su propulsor individual.

—Ahí viene —dijo Mortimer—. Muchachos, preparen las armas.

Siete pistolas salieron de su funda casi al mismo tiempo. Apenas un segundo más tarde, se oyó una voz tonante:

— ¡Tiren las armas; están rodeados!

La sorpresa de los forajidos fue enorme. Por la radio, Callahan dijo:

—Dan, elévate, se trata de una emboscada.

Harvey accionó los mandos y el propulsor lo hizo ascender rapidísimamente. De pronto, Mortimer se volvió y trató de disparar contra el lugar de donde procedía la voz intimidatoria.

Una raya de fuego blanquecino cruzó la atmósfera. Mortimer lanzó un agudo chillido y se desplomó, convertido en una masa de carbón irreconocible.

Los otros alzaron sus manos en el acto.

— ¡No tiren! —gritó uno—. ¡Nos rendimos!

—Está bien —dijo Callahan—. Avancen despacio, de uno en uno, con las manos en la nuca.

La orden fue obedecida sin dilación. Callahan usó la radio de nuevo.

—Dan, el terreno está despejado —informó.

—Está bien —contestó Harvey.

Los prisioneros se sentían abatidos. Ninguno de ellos se esperaba semejante sorpresa.

Harvey aterrizó instantes después. Lorán le contó lo sucedido.

—Vigilábamos los accesos a la aldea, tal como tú nos habías aconsejado. Entonces fue cuando vimos a estos tipos y recelamos sus intenciones. Casi en seguida, apareciste tú y… Bueno, uno de ellos se resistió.

—¿Quién era? —preguntó el joven.

—Mortimer. Presumiblemente, ocupaba el puesto de Chu-Too.

Harvey hizo un gesto de aprobación.

Luego inquirió:

—¿Se sabe algo de Julia, muchachos?

—Todavía no ha vuelto —contestó Zoltan.

CAPÍTULO XI

—La solución no puede ser más que una —dijo Dina, mientras se arreglaba el pelo ante el espejo.

Sutton se frotó la mandíbula. Aunque habían pasado ya varios días desde su breve pelea con Harvey, si bien ya no sentía el dolor físico, el moral, causado por su fulgurante derrota, persistía todavía.

—Te encargarás tú de él —dijo.

—Sí. Y conseguiré quitarlo de en medio.

—El otro día lo intentaste. No se puede decir que acertases. Dina.

—Alguien me atacó por detrás. La chica, supongo… pero cuando yo lo encuentre, Julia Vinceton no estará presente, te lo aseguro.

Dina terminó su tocado y, orgullosa, se volvió hacia el hombre.

—¿Eh, qué te parezco? —preguntó.

Sutton la contempló embobado.

—Estás guapísima —elogió—. Oye, y ese color oscuro te sienta maravillosamente.

Dina se echó a reír.

—Claro, si tengo que pasar por una nativa, he de oscurecerme también la piel —dijo.

—«Toda» la piel —indicó Sutton con malicia.

—¿Me tomas por tonta? Nunca olvidaría ese detalle tan importante, Harry.

Acto seguido, Dina se vistió con la indumentaria habitual de las nativas jóvenes y bien formadas: sujetador de piel muy suave y unos breves pantaloncitos.

—No olvides el detalle de los pendientes —aconsejó Sutton.

—Por supuesto —contestó ella—. Ah, una advertencia, Harry.

—Dime, hermosa.

—Cuando yo haya acabado con Harvey, tú tendrás que eliminar a la chica. Aunque no ocupa un cargo muy importante, tiene mucha influencia en la Zona Sur.

—Lo sé, Dina, lo sé.

—Pero procura actuar de un modo más discreto que con Kazed.

Harvey destapó el pastel casi en el acto.

Sutton lanzó un gruñido de disgusto, al recordar la forma en que Harvey había descubierto el asesinato de Kazed.

—Esta vez no habrá errores, te lo prometo —aseguró.

Y como Dina aparecía radiante de hermosura, se acercó a ella y la estrechó con sus brazos, apenas un segundo antes de buscar sus labios con ardiente pasión.

* * *

Con evidentes muestras de fatiga, Julia entró en la estancia y se sentó en la silla que le ofrecía uno de los terrestres.

— ¡Por fin! —exclamó Harvey al verla—. Empezaba a pensar que no regresarías jamás.

Julia sonrió.

—Exagerado —contestó.

—¿Traes buenas noticias? —preguntó Dubois ansiosamente.

—No son malas. Habrá una reunión del Consejo Superior y en ella será decretada la expulsión y degradación de Tinor…, siempre que se presenten pruebas de su conspiración.

Lorán torció el gesto al oír aquellas palabras.

—No va a ser fácil —dijo.

—Podríamos recurrir al truco empleado en el caso Kazed…

La sugerencia, que procedía de Malone, fue rechazada por Harvey en el acto.

—Esta vez no daría resultado —dijo—. Más que presentar una acción, interesa presentar unos diálogos y, aunque sospechamos su contenido, ignoramos su forma exacta. Tendremos que buscar otra prueba, muchachos.

Callahan se acarició la mandíbula pensativamente.

—Se me ha ocurrido una idea —exclamó de pronto.

—¿Buena? —preguntó Dubois.

El gigante sonrió.

—Temo que Zoltan tendrá que emplear de nuevo sus dotes de maquillador —contestó.

Callahan habló durante algunos minutos. Al terminar, Harvey aprobó el plan.

—Pero vamos a hacerlo bien —dijo—. No podemos cometer el

mínimo error o fracasaríamos. Ninguno de nosotros tiene una fotografía de Sutton, ¿verdad?

— ¡Qué cosas tienes! —bufó Callahan—. Sutton no es la clase de personas, cuya fotografía se lleva en la billetera, para mirarla de cuando en cuando.

—Está bien. En ese caso, no habrá otro remedio que conseguir esa fotografía como sea. Por supuesto, yo me encargo del asunto.

—Puede ser peligroso que te enfrentes con ese pirata —advirtió Julia, aprensiva.

—Llevaré puesto el cinturón que una vez te dejé a ti —contestó Harvey sonriendo—. Pedro, tienes que ir a la nave. Allí hay un par de microcámaras.

Lorán se levantó.

—Volveré en seguida —aseguró.

Harvey se dirigió a la muchacha.

—Julia, ¿te ha costado mucho conseguir la reunión? —preguntó.

—No ha sido fácil —respondió ella—. Han sido muchas horas de negociaciones. Ya sabes que, en un principio, se negaron a atender a nuestros deseos, pero, finalmente, acabaron por ceder. Aunque ya conoces las condiciones, Dan.

—Sí, ya lo sé: se necesitan pruebas —dijo Harvey—. ¿Tuviste que echar mano de algún argumento especial?

Julia sonrió.

—Después de tres días de negociaciones, una mañana, antes de amanecer, empecé a volar sobre las aldeas, utilizando el alterador molecular. Luego dije que los diamantes no servían de nada, puesto que eran inestables químicamente. Cuando vieron el carbón, cedieron del todo.

—Espero que no conozcan nunca la verdad —deseó Harvey.

—No será por mi parte —aseguró la muchacha—. Son trucos que, incluso, podrían llamarse de baja ley, pero, en este caso, justifican los medios.

—Sobre todo, cuando se emplean contra tipos de la calaña de Sutton y Tinor —concluyó Harvey rotundamente.

* * *

Alguien, que estaba asomado a la puerta de la taberna, vio la

alta figura que avanzaba por el centro de la calle y dio la voz de alarma:

— ¡Eh, ahí viene Harvey!

Sutton se sobresaltó un instante. Dina, más serena, tomó la iniciativa en seguida.

—Déjalo de mi cuenta, Harry —pidió.

—Está bien, pero ten cuidado —respondió el barbudo.

Harvey se asomó instantes después a la puerta del local.

—Hola, Harry —saludó jovialmente—. Aunque sea tu enemigo, ¿puedo pasar a tomar una copa?

—Si no tienes aprensión de que esté envenenada, desde luego —contestó Sutton en el mismo tono.

Harvey se acercó al mostrador. Inmediatamente, advirtió la hermosa nativa que estaba ya dispuesta a servirle.

—No sabía que hubieses empleado a una *barmaid*, Harry —dijo.

—Una chica guapa siempre da más ganancias, Dan. Se llama Theia. Éste es Dan, Theia.

—Hola, Dan —murmuró la mujer, con la más insinuante de las sonrisas.

—Es un placer, Theia —saludó Harvey—. Muy guapa; sí, señor —elogió.

—No tengo mal gusto —dijo Sutton, pavoneándose—. Bueno, tengo que salir; si quieres beber más, Theia te atenderá.

—Gracias, Harry.

Sutton abandonó el mostrador. De pronto, Harvey le detuvo, tirándole de una manga.

—Tengo que decirte algo, Harry —manifestó.

—¿De qué se trata? Supongo que no me guardarás rencor por lo de tus cinco muchachos, ¿verdad? Tú mismo me dijiste una vez algo sobre una declaración de guerra…

—Oh, ¿cómo iba a guardarte rencor, si están vivos?

Sutton se quedó con la boca abierta.

—Dan, no me gastes bromas de cierta clase; no las admito. ¿Me entiendes?

—Pero si es la pura verdad. Están vivos, Harry.

El barbudo empezó a sospechar que su rival decía la verdad.

—Debieron haberles rebanado el pescuezo cuando los atraparon —masculló, furioso.

—Pero quisiste tenderme una trampa también a mí y eso fue lo que me permitió salvarlos. Los mecanismos funcionaron perfectamente y ellos, por supuesto, se hundieron a casi veinte metros de profundidad. Sin embargo, antes de que se hundieran, yo, desde el aire, les hice ingerir una doble dosis de píldoras oxigenantes.

— ¡Maldición! —juró Sutton.

—Ya sabes que esas píldoras se usan en el espacio, en casos desesperados, y permiten a un hombre sobrevivir sesenta minutos en un medio sin oxígeno. Naturalmente, con una hora de tiempo había más que suficiente para cortar los cables que los unían a los pesos que tú pusiste para que se ahogaran. ¿Satisfecho con la explicación, Harry?

Sutton volvió a maldecir de nuevo. Luego, sin añadir una palabra, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida.

Harvey soltó una risita, mientras se acercaba al mostrador. Dina le llenó otra copa.

—¿De qué hablabas con el terrestre. Dan? —preguntó.

—Oh, cosas sin importancia —respondió el joven, en tono voluble—. ¿Quieres que te diga una cosa, Theia? Nunca había visto una nativa tan hermosa como tú.

Dina sonrió, fingiendo sentirse halagada.

—Ahora no hay nadie en la taberna —contestó—. ¿Por qué no me lo dices en lugar más discreto?

—Con muchísimo gusto —aceptó Harvey.

* * *

Entraron en el dormitorio. Dina se volvió y le tendió los brazos.

—Nadie nos molestará —susurró.

—Te gustan los terrestres, ¿eh? —dijo Harvey, sonriendo.

—Me encantan —contestó ella, con el cuerpo pegado al del joven—. ¿No me besas? —invitó, seductora.

—Dina, los médicos hicieron un buen trabajo en tu cara. Nunca creí que volvieses a recuperar tu belleza.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—¿Dina? No entiendo, Dan. Yo me llamo Theia…

—Hace algunos días, alguien te pegó un golpe, dejándote sin

sentido. Entonces te quité por unos momentos la máscara regeneradora que usabas casi continuamente.

La mujer se separó de Harvey como si hubiese visto de repente una serpiente venenosa.

—Entonces, lo sabes —dijo agudamente.

—Debo admitirlo —contestó él, sin inmutarse—. ¿Por qué me odias tanto?

Dina se golpeó la cara con ambas manos.

—¿Es que no te lo imaginas? —gritó—. Sí, los médicos me curaron, pero tuvieron que darme una nueva apariencia facial. Las heridas eran demasiado grandes para reconstruir mis facciones. No estoy disgustada con mi apariencia actual, pero prefería la antigua…

—Las heridas fueron accidentales. Lo que ya no fue tan accidental es la droga que tú pusiste en las bebidas de Malone y Lorán para que enloquecieran y se acuchillaran.

— ¡Eso no me importa ahora! —exclamó Dina—. Aquel día juré vengarme de ti; pero ya no es sólo la venganza, Dan Harvey, sino que no quiero que te interpongas en mi camino hacia la riqueza. ¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente, Dina. ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Matarme?

—Tú lo has dicho.

Dina giró sobre sus talones y saltó hacia una mesita, encima de la cual, cubierta con un pañito, había una pistola térmica. Agarró el arma, pero en el momento en que se disponía a volverse, sintió invadido todo su cuerpo por un dolor intolerable.

Lanzando un chillido agudísimo, soltó la pistola y cayó al suelo, revolcándose como una poseída. Harvey cortó la emisión de su cinturón y se acercó a la mesa, apoderándose de la pistola.

Los dolores de Dina fueron atenuándose a los pocos minutos. Harvey esperó a que ella se sintiese más calmada.

—Dina, tienes algo que vale mucho: belleza y juventud —dijo—. Vuelve a la Tierra y vive muchos años. Si insistes en continuar en Edenia, desperdiciarás esos bienes, los más preciosos de todo ser humano.

CAPÍTULO XII

El individuo estaba en lo más alto de la copa de un árbol, armado con una pistola térmica. A pesar de su posición, resultaba invisible debido al follaje que lo ocultaba.

Al menos, eso era lo que él creía. De repente, alguien disparó unas cuantas descargas térmicas al tronco del árbol.

Las llamas prendieron bien pronto en la madera. El emboscado vio el humo y lanzó un chillido de terror.

—No hay bomberos, amigo —gritó alguien sarcásticamente, desde el suelo.

Jean Dubois lanzó varias descargas más. El tronco, quemado a un metro del suelo, se quebró estrepitosamente y el árbol cayó a un lado, lanzando a gran distancia a su ocupante.

El esbirro de Sutton recibió un tremendo golpe y quedó conmocionado. Dubois se le acercó y le quitó la pistola.

Luego sacó su transmisor:

—Todo va bien, Dan —informó.

—Gracias, Jean —contestó Harvey, que, en aquellos instantes, sobrevolaba el lugar, de regreso a su alojamiento.

Al atardecer, las fotografías estaban listas. Zoltan las contempló críticamente.

—Creo que podrá hacer un buen trabajo —dijo.

—Link será tu paciente —sonrió Harvey, mirando a Callahan.

El gigante hizo una mueca.

—Nunca me ha gustado llevar barba, pero, por una vez…

—¿Cómo obtuviste las fotografías, Dan? —preguntó Julia, curiosa.

—No resultó difícil. La cámara estaba bajo mi camisa. Es de color, pero también del mismo tejido que usaba Sutton para su falso parche de pirata —explicó Harvey.

—Ahora sólo falta que Sutton se trague el anzuelo —dijo Malone.

—Depende de dos hombres: Ahmet y Link. El asuntó está en sus manos —respondió el joven.

—Por lo que a mí respecta, espero no fallar —aseguró Zoltan.

—A mí me gustaría conocer el asunto más a fondo. Debo engañar a Tinor —dijo Callahan.

Harvey sacó algo de su bolsillo.

—Ésta es una cinta grabada con la última conversación que he sostenido con Sutton —indicó—. Repítela una y cien veces, hasta que imites su voz a la perfección. No podemos correr el riesgo de engañar a Tinor visualmente y que advierta que la voz de Sutton no es la habitual.

Callahan asintió.

—Las ropas…

—De eso me preocuparé yo en el momento oportuno —aseguró Harvey.

—Pero falta un detalle, a mi entender —intervino Julia.

—¿De qué se trata? —preguntó Malone.

—Habrá que registrar la conversación, supongo…

Harvey sonrió.

—Eso es asunto de Dubois —dijo.

—¿Y si Sutton llegase en aquel preciso instante? ¿Qué diría Tinor al ver a dos hombres de idéntica apariencia?

—Eso ya es asunto mío, Julia.

Las respuestas de Harvey eran un tanto enigmáticas y ella no quiso insistir. Pero le parecía que el joven se mostraba demasiado optimista..

Y el optimismo, en aquellas circunstancias, resultaba todavía prematuro.

* * *

El poblado estaba en silencio. Convertido en una sombra, Harvey se acercó a la ventana del dormitorio y lanzó a su interior un chorro de gas narcótico.

Luego se separó del edificio. Callahan aguardaba en un lugar cercano.

—Ya está —susurró el joven—. Dormirán tres o cuatro horas sin despertarse aunque un cañón hiciera fuego junto a su ventana.

Callahan asintió. Giró sobre sus talones y se perdió en la oscuridad.

Momentos después, aporreaba la puerta de la residencia de Tinor. Al cabo de unos segundos, un individuo malhumorado abrió y preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Harry —mintió Callahan—. Despierta a tu jefe, pronto; tengo que decirle algo muy urgente.

—Está bien, entra.

Tinor tardó algunos minutos en salir. Cuando apareció, su rostro no expresaba satisfacción precisamente.

—¿Qué diablos quieres, Harry? —rezongó—. ¿Es que no podías esperar a la mañana?

—Lo siento, Tinor; pero tenía que venir a verte ahora mismo… Se trata de un plan que se me ha ocurrido….

—Un plan, un plan —bufó el nativo despectivamente—. No haces más que hablarme de planes y todos fallan. Harvey te toma el pelo de lo lindo cada vez que te enfrentas con él.

El falso Sutton se dirigió hacia la puerta.

—Está bien —dijo—. Tú quieres ser el dueño de Edenia, pero no lo conseguirás sin mi ayuda.

—Espera —gritó Tinor—. Te escucharé, pero… Maldición, ¿cuándo vas a actuar de una vez, Harry?

Callahan sonrió.

—Puedes estar seguro de que este plan no fallará —contestó.

* * *

El mensaje que Tinor recibió a la mañana siguiente era conminatorio a la vez que contundente:

En el plazo de veinticuatro horas, a partir del amanecer de mañana, te presentarás ante el Consejo Superior, para defenderte de las acusaciones de conspiración y violación de las leyes de Edenia. La incomparecencia significaría admisión de culpabilidad.

Mouno, de la Zona Oeste, formulará los cargos, presentando para ello las pruebas adecuadas.

Tinor se puso lívido. Las cosas iban mal, evidentemente.

En aquel momento entró Sutton.

—¿Ocurre algo, Tinor? —preguntó.

—¿Que si ocurre? —rugió el nativo, al borde de la apoplejía—. Lee esto y lo sabrás, condenado.

Sutton se sentía estupefacto. Tomó el documento y se enteró de su contenido.

—La cosa se pone fea —admitió.

—Tú me dijiste que tenías un buen plan. ¿Por qué no lo has puesto en práctica? —vociferó Tinor.

—¿Un plan? Demasiado lo conoces…

—No seas imbécil. Esta noche has venido a despertarme, para decirme que habías ideado un plan infalible. Como no lo pongas en práctica inmediatamente, estamos perdidos.

—¿Que yo he venido…? —Sutton se sentía totalmente desconcertado y no acababa de entender bien a su interlocutor.

—Sí, estúpido, sí; viniste a despertarme, pasada la media noche. Y no estabas borracho, que yo sepa.

—Tinor, yo no he venido a tu casa la noche pasada. Me acosté muy pronto y he estado durmiendo hasta hace poco.

—Harry, no te burles de mí —gritó el nativo, exasperado—. ¿Es que vas a negar la evidencia? Uno de mis guardias te abrió la puerta. ¿Quieres que lo llame, si no crees en mi palabra?

Sutton empezó a sospechar que Tinor decía lo que creía la verdad, aunque, muy posiblemente, estaba engañado. Pero si esto era cierto, ¿quién había tomado su puesto?

Una horrible sospecha se infiltró en su ánimo.

—Tinor, creo que el que vino a verte no era yo, sino un individuo que, hábilmente disfrazado, se hizo pasar por mí —dijo.

El nativo se quedó estupefacto.

—¿Un doble? —exclamó.

—Sí. Es más, me figuro quién representó ese papel… e incluso el que lo maquilló y caracterizó para engañarte.

—Pero… pero eso es absurdo… Yo te conozco muy bien; un doble no podría engañarme…

—Tú no conoces bien a Harvey —dijo Sutton amargamente—. Fue una idea diabólica y dio resultado, créeme.

—Pero, ¿con qué objeto? No lo entiendo, Harry.

—Eres un imbécil —le apostrofó Sutton con crudeza—. ¡Todavía no te ha entrado en tu dura mollera la idea de que el que

desempeñaba mi papel llevaba una grabadora, que registró toda la conversación, e incluso es posible que llevase una microcámara muy bien disimulada?

—Entonces, ésas son las pruebas que Mouno piensa presentar ante el Consejo Superior —dijo Tinor, consternado.

—Ya era hora de que empezases a entenderlo —contestó Sutton despreciativamente.

—Diré que son pruebas falsas…

—¿Cómo lo demuestras? Callahan debió sonsacarte a placer y tú caíste en la trampa como un chiquillo de pocos años. Anda, di a los miembros del Consejo que todo lo que has hablado es falso. Tu parte, por lo menos, es auténtica, Tinor.

—Entonces, estamos derrotados —dijo el nativo, presa de un repentino desánimo.

—Todavía no nos ha vencido ese condenado Harvey —exclamó Sutton repentinamente—. Aún guardo una carta en reserva.

—¿Servirá, Harry? —preguntó Tinor con ansiedad.

—Servirá —garantizó el terrestre—. Acude al Consejo y no te preocupes de lo demás. Yo me encargaré de que Mouno no presente esas pruebas.

—¿Cómo lo conseguirás?

Sutton sonrió torvamente.

—El propio Harvey obligará a Mouno a presentarte sus disculpas —vaticinó, sin querer dar más detalles del plan que, ahora sí, estimaba infalible.

Momentos más tarde, relataba a Dina la conversación sostenida con Tinor. Ella aprobó incondicionalmente la idea de Sutton.

—Por ahí es por donde debías haber empezado —dijo.

—Ya lo intentamos, pero se interpuso ese maldito Harvey…

—Pues si ahora fallas, despídete de tus sueños. Harvey no te dejará en condiciones de seguir actuando contra él. Lo que quiere decir que yo llevaré flores a tu tumba —aseguró la mujer fríamente.

Y, en su fuero interno, empezó a pensar que todavía no había cumplido los treinta años y que, a pesar de que no le gustaba mucho su nueva cara, era guapa y apetecible.

Harvey no iba a permanecer eternamente en Edenia ni tampoco podía destruir todos los diamantes que había en el planeta. Con sus artes, podía engatusar a algún tipo de relieve, que le daría, sin

problemas, todo lo que el imbécil de Harry no había sido capaz de darle todavía.

Pero, de momento, no le quedaba otro recurso que seguir a su lado. El triunfo de Harry, si se producía, sería el suyo.

Y si perdía, ella se las arreglaría para ganar con otro. Edenita, por supuesto.

CAPÍTULO XIII

Arrogante y fanfarrón, seguido de sus incondicionales, Tinor llegó a la sala donde se iba a celebrar el Consejo Superior.

Era una construcción circular, de techo cónico, con asientos en anfiteatro. En el centro, había una especie de pódium donde cada orador exponía sus puntos de vista.

Mouno y varios más representaban a la Zona Sur.. Los representantes de las Zonas Norte y Este se hallaban ya en sus puestos.

Había una especie de presidente, pero sus decisiones no influían en las votaciones finales de la asamblea. Su único papel era dirigir los debates y conceder o negar la palabra a los oradores, según los casos, además de reprimir manifestaciones ofensivas y medir el tiempo de cada intervención.

Sohlon, el presidente, declaró abierta la sesión:

—Se ha convocado este Consejo Superior a petición de Mouno, consejero por la Zona Sur, el cual suple a Zazed, infortunadamente fallecido. Mouno ha solicitado la convocatoria por razones muy poderosas.

—Así es —convino el aludido, poniéndose en pie—. Esas razones no son otras que preservar las leyes actuales, lo que, a su vez, preservará también la paz del planeta.

—Nuestras leyes deben ser modificadas. Son anticuadas —gruñó Tinor.

—Es probable que tengas razón, pero, en todo caso, lo que no debe hacerse es modificarlas por la violencia o el engaño —dijo Mouno cálidamente.

—Por favor —rogó Sohlon—, es el turno de Mouno. Tinor hablará más tarde, cuando le corresponda su turno.

Tinor emitió una sonrisa desdeñosa y se repantigó en su asiento con aire negligente. Sohlon hizo un ademán.

—Mouno, puedes empezar —invitó.

El aludido abandonó su puesto y bajó al centro del anfiteatro. Harvey, en la zona destinada al público, contemplaba el debate con

toda atención.

—Tinor ha conspirado y sigue conspirando para destruir las leyes vigentes por medio de la violencia y el engaño —declaró—. Su intención es destituir el Consejo Superior y erigirse en el dueño del planeta. Las acusaciones son muy graves, pero, naturalmente, no las formulo sin las debidas pruebas.

—En efecto, son unas acusaciones muy graves —dijo el jefe de la Zona Norte— Tendrás que probarlo o retractarse públicamente de lo que has dicho.

—Poseo las pruebas de que mis acusaciones son ciertas —insistió Mouno—. Y ahora mismo…

En aquel instante, alguien se acercó a Harvey y le entregó un rollito de papel.

El individuo desapareció antes de que Harvey pudiera detenerlo. Intrigado, Harvey rompió el hilo que sujetaba el papel y lo desenrolló.

Era un mensaje que leyó rápidamente y le llenó de consternación:

Las pruebas contra Tinor a cambio de la vida de Julia. Si quieres verme, ya sabes dónde encontrarme.

H.S.

La mano de Harvey estrujó el documento. Un temblor de ira acometió su cuerpo, pero logró dominarse.

Trató de llamar la atención del orador. Mouno volvió un momento la cabeza y el joven le hizo un gesto rápido.

Mouno entendió la llamada.

—Suplico me dispensen unos minutos —rogó—. Tengo algo que consultar con mi asesor.

Abandonó el pódium y se acercó a Harvey. En voz baja, el terrestre dijo:

—No sigas, Mouno. Discúlpate como puedas. Julia ha sido raptada.

La boca de Mouno se abrió desmesuradamente.

Harvey agregó:

—Hemos de entregar las pruebas o Julia morirá.

Mouno se sentía consternado.

—Está bien, cualquier cosa es preferible a que ella muera —accedió.

—Gracias —dijo Harvey simplemente.

Mouno volvió a su puesto.

—Debo desdecirme de cuanto he hablado hasta el momento —manifestó sin rodeos—. No tengo las pruebas de las acusaciones que he formulado contra Tinor.

Una enorme sonrisa se formó en los labios del aludido. Numerosos murmullos se alzaron de todos los presentes.

—Si es así, Tinor está en el derecho de exigir una satisfacción —dijo Sohlon.

Mouno se inclinó.

—Estoy dispuesto —contestó—. Incluso si me pide un duelo a muerte, como es costumbre entre nosotros en casos semejantes.

La sonrisa se borró repentinamente de la boca de Tinor.

Era algo con lo que no había contado. Batirse en duelo con un sujeto como Mouno, no sólo hábil, sino, además, tremendamente fuerte, podía resultar para él una catástrofe.

—Me conformo con las excusas que me ha ofrecido Mouno —declaró, fingiendo magnanimidad.

Y se levantó, como dando a entender que daba el caso por terminado.

Sonaron algunos silbidos. Muchos le abuchearon. No faltó quien le llamó cobarde declaradamente.

Mouno también se lo dijo, una vez fuera del edificio.

—Quieres conseguir algo valioso y no eres capaz de arriesgar tu pellejo —dijo despectivamente—. Escucha esto que te digo: si a Julia le sucede algo, iré a buscarte y te cortaré el cuello.

El final del apostrofe fue un salivazo a la cara de Tinor. Hasthod, uno de sus incondicionales, sacó un enorme cuchillo y trató de arrojarse contra Mouno.

Harvey intervino oportunamente. Un soberbio derechazo envió rodando a Hasthod, a diez pasos de distancia.

—Lo que ha hecho Mouno está incompleto —dijo, a continuación—. Yo lo completaré.

Y escupió también al rostro del nativo, que se puso lívido de ira en el acto.

—Vámonos, Mouno —dijo Harvey.

Los dos hombres emprendieron el regreso de inmediato. Al llegar al poblado, Harvey, prevenido, cambió de propulsor individual, poniéndose otro con los tanques llenos de combustible.

Podía necesitarlo para rescatar a Julia.

Sus amigos se ofrecieron a acompañarle. El se negó rotundamente.

—No —dijo—. Esto es cosa exclusivamente mía. Si hay que correr riesgos, los correré yo y nadie más.

—Está bien —cedió Callahan, en nombre de los demás—. Esperaremos veinticuatro horas solamente. Si para mañana a estas horas no has vuelto, iremos en tu busca.

—Y que Dios se apiade de «El Sucio» si os ha ocurrido algo —remató Lorán el parlamento de su compañero.

* * *

Dina, apoyada indolentemente en el mostrador, recibió al visitante con la sonrisa en los labios.

—Hola, Dan —saludó.

—¿Qué tal, Dina? —El acento de Harvey era cortés, pero frío y distante.

—Ya ves, aburrida…ˆ No hay diamantes, no hay clientes…

—Tendrás que inventar otra moneda o no venderás tu licor. ¿Puedo hablar con Harry?

—No está, Dan.

Hubo un instante de silencio. Harvey miraba fijamente a la mujer.

—Tan guapa como despiadada —calificó.

Dina se encogió de hombros.

—Cada uno es como es —respondió.

—Bien, ahora, dime dónde está Harry con la chica —pidió Harvey.

—¿Tienes las pruebas? —preguntó ella.

Harvey puso sobre el mostrador una «cassette».

—Ahí las tienes —contestó.

Dina sacó una pequeña grabadora, insertó el cartucho de cinta en la misma y la puso en funcionamiento.

A los pocos minutos, cortó el contacto.

—Veo que no me has engañado —dijo, complacida.

Acto seguido, sacó de nuevo la «cassette» y la destruyó, mediante una descarga térmica, a mínima tensión.

—Ahora, dime dónde está Harry —pidió Harvey.

Sonriendo, Dina extrajo de su seno un papel y se lo entregó.

—Ahí tienes un mapa, con la situación del escondite. Ve a buscarlo cuando quieras —contestó.

—Bien, pero ¿cómo sabrá Harry que he entregado las pruebas?

Dina jugueteó con una especie de medallón que descansaba en el centro de su opulento seno.

—Esto es un transmisor de radio —manifestó—. Harry nos ha estado escuchando desde un principio.

— ¡Ah, comprendo! Adiós, Dina.

—Adiós, imbécil.

Harvey salió de la taberna. Apenas se hubo quedado sola, Dina se acercó el medallón a los labios.

—Harry, Dan va a buscarte —informó.

Luego, satisfecha, se sirvió una copa y la apuró de un trago. A continuación, aburrida, se metió en su dormitorio.

Cruzó la puerta. Dos fuertes manos cayeron sobre ella: una le tapó la boca y otra le arrancó el medallón de un fuerte tirón.

Acto seguido y antes de que Dina pudiera reaccionar, sintió un terrible empellón que la arrojó sobre la cama. Los ojos se le llenaron de lágrimas de dolor y rabia al comprender que Harvey estaba todavía muy cerca de ella.

* * *

Harvey no cometió el error de aplastar el medallón de un taconazo; Sutton, tal vez, podía captar el ruido e imaginarse lo que sucedía. Mientras Dina trataba de reaccionar, buscó el interruptor y cerró la emisión.

Ella se revolvió en la cama.

—Me has engañado —dijo acusadoramente.

—¿Pensabas que iba a irme sin más? —contestó él—. Dina, conozco demasiado bien a Sutton. Harry es capaz de matar a la chica después de haberme matado a mí. A ella la quitará de en medio para que no hable. En cuanto a mí, no me creas tan ingenuo

para no suponer que no me ha tendido una trampa.

—Yo no sé nada…

—Dina, puedo emplear contigo dos medios para hacerte hablar. Uno de ellos es doloroso, pero te dejará con vida. El otro, indefectiblemente, te causará la muerte, porque te obligaré a ir delante de mí. Si hay una trampa, tú caerás en ella antes que yo.

La mujer se aterró. Sabíase indefensa en manos de Harvey. Y conocía el intolerable sufrimiento que causaban las descargas del cinturón que llevaba puesto el joven y que afectaban a todo el sistema nervioso.

—¿Qué… qué me prometes si hablo? —preguntó.

—Te lo dije hace días. La vida es bella, aunque sea sin dinero. Te garantizo el regreso a la Tierra, eso es todo.

—No me dejas ninguna opción —se quejó Dina— Hay tantos diamantes en Edenia…

Harvey sonrió irónicamente.

—A poco que puédaselos conseguirás en la Tierra fácilmente. Tú conoces bien la forma de hacerlo —contestó.

—Pero yo soy una mujer…

—La pareja perfecta para la serpiente que es Harry. No quiero que infectéis este paraíso, eso es todo. ¡Vamos, habla!

—Harry ha colocado una doble cúpula de energía sobre el lugar en que se encuentran —contestó Dina.

—¿Conoces su potencial?

—No, yo no entiendo demasiado de cuestiones técnicas.

Harvey torció el gesto. El potencial de, por lo menos, una de las dos cúpulas, debía de ser elevadísimo, puesto que tenía que hallarse muy cercana a la otra, ya que, de no ser así, ambas se destruirían por la polaridad diferente en que debían ser proyectadas.

En cualquier caso, era una buena medida de protección. Una doble cúpula de energía destruiría cualquier proyectil que se lanzase contra ella, a menos que…

Una idea se le ocurrió de repente. Sonrió y dio dos amistosos cachetitos en la cara de Dina.

—Por el propio bien de tu amigo, espero que se entregue sin más requisitos. Así podrá vivir muchos años —se despidió de la mujer.

Dina le dirigió una impotente mirada de furia. Buscó el medallón, pero no lo encontró.

Harvey se lo había llevado y no tenía a mano otro procedimiento de avisar a Sutton. De todas formas, y mientras de ella dependiera, no iba a permitir que el joven consiguiera sus propósitos de liberar a Julia Vinceton.

CAPÍTULO XIV

Antes de partir al rescate de Julia, Harvey volvió a su astronave y se proveyó de diversos elementos que le resultarían necesarios en su empeño. Sus amigos, una vez más, intentaron acompañarle, pero él se negó rotundamente a aceptar la menor ayuda.

—Esto ya no es una cuestión digamos oficial de la organización —alegó—. Es un asunto enteramente privado.

—Y tan privado —dijo Lorán con socarronería—. Como que el final será un ramo de flores y una marcha nupcial.

Harvey sacó la lengua a su amigo.

—Eres un mal profeta, Pedro —gruñó.

—Sí, sí… Escuchen, muchachos, acepto apuestas sobre la boda de Daniel Harvey y Julia Vinceton. Doy diez a uno. ¿Quién acepta? Diez a uno, ¿lo oyen? Vamos, señores, ¿nadie se anima?

Sonaron algunas risas. Pero el momento, sin embargo, era tenso, porque todos conocían la astucia y crueldad de Harry «El Sucio» y sabían que, si Harvey perdía, moriría, junto con la muchacha.

Sin embargo, disciplinados y comprensivos, acataron la orden y le dejaron ir solo.

—Pero yo hago un juramento —dijo Lorán—. Si Dan y Julia mueren, cazaré a Harry, lo ataré a cuatro estacas en el suelo y cada día le arrancaré un centímetro de piel.

—Dejarás algo para los demás, supongo —habló Callaban—. ¿O es que te piensas que nosotros no querremos también nuestra ración de piel de ese bribón?

—Será mejor que nos dejemos de vanas amenazas —intervino Malone sensatamente—. Lo único que cabe es desear que Dan gane su batalla.

—Y la ganará, estoy seguro de ello —exclamó Zoltan.

Dubois aún fue más lejos:

—A mí no me gustaría estar en el pellejo de «El Sucio» —dijo.

* * *

Harry Sutton rió complacido, mientras Julia le contemplaba en silencio.

—Puedes pasearte todo lo que quieras, preciosa

— dijo—. Ya tienes marcados los límites, pero no se te ocurra traspasarlos, porque morirías como una mariposa en la llama de un candil. ¿Has comprendido?

Julia no contestó. Recorrió con la vista el círculo marcado con pintura blanca, que de noche era fosforescente, y que tenía un diámetro de unos veinte metros.

Por encima de sus cabezas, pero fuera del círculo, se alzaban unas grandes rocas, una de las cuales sobresalía un par de metros en voladizo, de modo que su borde venía a caer sobre la vertical interior del recinto. A juzgar por las dimensiones del círculo, Julia calculó que la altura de la cúpula de energía, semiesférica, no bajaba de los siete u ocho metros.

En el centro se hallaba el gran generador que emitía la energía suficiente para mantener aquellas dos invisibles cúpulas que eran su encierro. El generador podía manejarse por radio y, cada vez que Sutton quería salir o entrar, lo desconectaba previamente, aunque dejando bien atada a la muchacha, para que no pudiera escapar.

La invisibilidad de las cúpulas de energía era absoluta. Tan sólo un breve fenómeno de refracción, que provocaba ligeras ondulaciones de las imágenes, denotaba su existencia. Pero la refracción sólo existía si se contemplaba un trozo de cúpula en sentido oblicuo; vista de frente, no se advertía la barrera.

—¿Cree usted que Dan vendrá? —preguntó al cabo de unos momentos de silencio.

—¿Es que no has oído su conversación con Dina? —sonrió Sutton—. Ya está en camino hacia aquí…

—¿Qué le dirá usted cuando lo vea?

—En primer lugar, le haré tirar todas sus armas y equipo. Harvey es un tipo muy astuto y no quiero que me juegue una mala pasada. Y tú estarás bien atada y amordazada, a fin de que no puedas hacerle ninguna advertencia.

—¿Cree que él no sospecha que le ha tendido alguna trampa? —exclamó Julia despectivamente.

—Cuando me vea con una pistola apoyada en tu sien,

avanzará… hará todo lo que yo le ordene, te lo aseguro —dijo Sutton, con una sonrisa que a ella le pareció la de un demonio.

Minutos más tarde, Julia estaba tendida en el suelo, atada y amordazada. Sutton volvió a sonreír.

—Dan ya no puede tardar —aseguró—. Y cuando venga, me voy a dar el placer de verle morir asado como un pollo.

* * *

Con suma cautela, sin hacer el menor ruido, Harvey se arrastró a lo largo de la gran losa que sobresalía encima del lugar donde estaban Sutton y la muchacha. Había estudiado el terreno desde lejos, con la ayuda de unos prismáticos, y ello le había indicado que las rocas era el punto más adecuado para iniciar la batalla por el rescate de Julia.

La muchacha estaba atada, con una mordaza que le tapaba la boca y tendida en el suelo. Harvey estudió sus posibilidades.

Sutton iba y venía por el interior del recinto claramente delimitado. Harvey apreció en el acto la pistola que pendía de su cinturón.

Era un arma térmica. Recibía su energía de los rayos solares o de cualquier estrella semejante al Sol, siempre que se estuviera a una distancia similar que la que había entre la Tierra y el Sol. Harvey empezó a preparar los instrumentos que había traído consigo.

Uno de ellos consistía en una especie de cañón lanzacables, de reducidas dimensiones. Lo dejó en el suelo, armado, y sacó otro aparato, que colocó de modo que su espejo captor de energía recibiera directamente los rayos del sol de Edenia.

El propulsor individual estaba a la espalda. Lo necesitaría para amortiguar la caída cuando, anulada la barrera, saltase al encuentro de Sutton.

Harvey se puso en pie, ignorante de que todos sus movimientos habían sido seguidos por unos ojos escondidos en la espesura cercana. De repente, lanzó un potente grito:

— ¡Harry, estoy aquí!

Los sonidos penetraban libremente a través de la barrera. El barbudo se volvió en el acto y alzó la cabeza.

— ¡Baja, Dan, baja a salvar a tu chica! —voceó sardónicamente.

Harvey iba a decir algo cuando, de repente, oyó un ligero ruidito a sus espaldas.

El instinto le hizo presionar a fondo del botón de arranque de su propulsor. Saltó despedido a lo alto, con gran velocidad y, debajo de él, se oyó un agudísimo alarido.

Dina, con ambas manos extendidas, había pretendido asestarle un empujón, a fin de hacerle caer directamente sobre la cúpula de energía. Fallado el golpe, incapaz de contener su carrera, la mujer se precipitó en el vacío.

Un terrible chispazo se produjo cuando su cuerpo tropezó con la semiesfera de energía. Julia volvió la cabeza a un lado, para no contemplar la horrible escena.

Dina ardió instantáneamente, como una pavesa. Cuando llegó al suelo, su cuerpo era poco menos que un montoncito de carbón.

Sutton se quedó unos instantes sin habla. Luego, reaccionando, volvió los ojos hacia el generador.

El indicador de tensión marcaba cifras correctas.

La barrera, rota un instante por el impacto del cuerpo de Dina, se había restablecido de nuevo.

Harvey descendió otra vez a la losa. Agarró el cañón lanzacabos y presionó el disparador.

Un contrapeso de plomo, que arrastraba tras sí un grueso cable metálico, sin protección aislante, salió disparado. En el mismo instante, Harvey, con el otro aparato en la mano, saltó por segunda vez a las alturas.

El proyectil, cuya trayectoria había sido calculada previamente, impactó al otro lado de la cúpula. El cable que arrastraba consigo onduló en el aire y cayó «sobre» la cúpula.

Una serie de horribles chispazos se produjeron de inmediato, a la vez que se escuchaban unos tremendos chasquidos. El cable convirtió la energía en electricidad y la condujo a tierra.

En unos segundos, la carga del generador quedó agotada. Sutton lo comprendió así y lanzó un grito de rabia.

— ¡No te saldrás con la tuya, Dan! —aulló, a la vez que echaba mano a la pistola.

Desde la altura, Harvey manejó el segundo aparato. Era un condensador de energía solar y toda la que había captado fue a parar a la pistola de Sutton.

El arma se incendió con un enorme fogonazo amarillo. Sutton lanzó un débil grito, se tambaleó y cayó, muerto por el estallido de su pistola.

Harvey descendió lentamente. Se arrodilló junto a la muchacha y le quitó la mordaza.

Luego sacó un cuchillo para cortar las ligaduras.

—¿Te encuentras bien, Julia?

Ella le miró y sonrió.

—No llevas alas, pero te has portado como un ángel —contestó.

Harvey se echó a reír.

—Además, he usado una espada de fuego para expulsar, no a una pareja humana, sino a dos serpientes de este Paraíso —dijo.

Julia se puso en pie y, sin poder contenerse, le abrazó fuertemente.

—Dan, ¿crees que todo está resuelto ya? —preguntó.

—Mi opinión es afirmativa —respondió él.

* * *

Mouno entró en la cabaña y dijo:

—El Consejo Superior ha acordado la destitución de Tinor, Hasthod y algunos más. La Zona Sur deberá proceder a la elección de nuevos consejeros; pero lo más importante de todo es que se va a iniciar el estudio de nuevas leyes, más flexibles y acomodadas a los tiempos actuales.

—Si Tinor hubiera actuado así… —murmuró Julia.

—Ya no tenemos por qué lamentarnos de lo que hizo ese bribón —dijo Harvey—. De modo que el Consejo aceptó las pruebas.

Mouno sonrió.

—Fue una excelente precaución por tu parte conservar una copia de la grabación —contestó.

—Era una medida inexcusable en un caso como éste, claro.

—Pero yo no me siento contenta —exclamó Julia.

—¿Por qué? —preguntó Harvey, asombrado.

—La prueba, en sí, aun conociendo las intenciones de Tinor, era una falsedad.

—Sólo a medias, Julia, es decir, en la parte que Callahan desempeñó como Sutton. Porque lo que Tinor dijo era la pura

verdad y no había engaño en las declaraciones que hizo a Callahan.

—Dan tiene razón —convino Mouno—. Bien, os dejo solos.

Julia se volvió hacia el joven.

—¿Te quedarás en Edenia? —consultó.

Harvey sonrió.

—Mucho me temo que sí —respondió él.

—Pero tu organización…

—Quizá se disuelva. Todos estábamos solteros. Alguno tenía que casarse un día. Hicimos muchas cosas buenas, pero creo que ya es hora de que empecemos a preocuparnos de nuestros propios asuntos.

—No sabía que hubiese un casado entre vosotros —observó Julia.

Dan la abrazó estrechamente.

—Pronto habrá uno —vaticinó, a la vez que se inclinaba para besarla.

Julia se sintió muy contenta, porque si Dan se iba a casar, no lo haría con otra, por supuesto.

FIN